UNIV. OF ARIZONA
863.6 F11
Fabila, Alfonso/Sangre de mi sangre, cue
mn
3 9001 03977 8611

Digitized by the Internet Archive
in 2026

https://archive.org/details/sangredemisangre0000alfo

UNIVERSITY OF ARIZONA
LIBRARY

ALFONSO FABILA

SANGRE DE MI SANGRE

MEXICO
ANDRES BOTAS E HIJO. SUCR.
1924

SANGRE DE MI SANGRE

ALFONSO FABÍLA

SANGRE DE MI SANGRE

CUENTOS

Portada de Lázaro Hernández,
aborigen de Cuanalán, Méx.

MEXICO
ANDRES BOTAS E HIJO. SUCR.
1924

OBRA PUBLICADA DEL MISMO AUTOR:

El en Sí —cuentos.

OBRAS EN PREPARACION:

Sagrario —novela.
El Bárbaro —novela.

Es propiedad del
Derechos asegurado
forme a la ley.

85928

SANGRE DE MI SANGRE

SANGRE DE MI SANGRE

¡Provincia; donde moran los indios y los charros!—¡Sangre de mi Sangre!—¡Te siento llegar! Tienes sol en tus odres y pulpa jugosa en tus miembros. Palpo ya tu anca redonda y amplia, que treme ansiosa de caricias. Hay en tí la corpulencia de los toros y la música exótica y recia de los bosques y torrentes; tus brazos fuertes se abren, y tu dorso parece inclinarse en estupro de yegua salvaje. Tus trigales ondulosos y compactos recaman mi lecho de oro, y las matas de tus maizales se forman en disciplinados escuadrones, agitando triunfalmente sus banderolas de jade.

¡Divina aldea! ¡Corazón primitivo de la tierra, donde viven los indios y los charros! ¡Con cuánto ardor espero dormir bajo tu tienda profunda, apretado a tus senos, y saltar rebotando de día cual viento en tus rocas, y revolcarme en tus praderas, y ser jinete soberbio, con la boca entreabierta, en un potro negro con músculos de llama y flotante melena; y morderte la carne, y hacerte brotar la sangre, y bebérmela insaciable en mi cántaro hecho

de emoción, el cual muestra su brocal en un impulso votivo de cristiano.

¡Ya me siento en la provincia! ¡Me siento vivir! Este es mi sol, este es mi aire y mis cosas:—¡Sangre de mi sangre!—Me siento gañán, empuñando la esteva y el hacha, que hicieron en mis manos la cadencia infinita de las horas.

¡Espérame! No tardo. Te entregaré la reserva angustiosa de mi hastío, y tú purificarás mi sangre en tus brazos de pampa, en el supremo delirio de un beso.

Las imágenes se me entran por las asombradas pupilas trinando de contento. Entona un himno sonoro el corazón, y se estremece la naturaleza, cual un jadeante lebrel. Hay miel acendrada en las colinas, y retozos de coloraciones primitivas. Los campos florecen en carmín púrpura, que rehiletea con amarillo cromo en venas movibles, estrechando los campos en panteísmo de selva. Los tonos cálidos hacen resaltar su viveza, como si tuvieran por fondo inmensos limonares. Huelen las praderas a cañas tiernas de maíz y manzanas mojadas. ¡Oyense notas de libertad en las arterias! ¡El aire se traga y aspira cual un licor mágico de orgía! Tal parece que hay en ésto, mares que ahogan en una honda y eterna canción de dulzuras divinas.... Llora vibrante el mundo un ayuntamiento genitor de gigantes árboles, y la imaginación arroja su inconsciencia en un salto dislocado de pantera. La Providencia se

bebe, se traga, se aspira y se escucha hablar dentro de nuestro VASO INSTINTO, y todo forma una maravillosa jaula, cuyas aves integran con su canto, la voz de un pájaro eurítmico que aplasta el alma con sus alas de armonías sacrosantas.

Hoy tengo frío de júbilo. Cabalgo sobre el lomo de un potro alazán, con pelo de crepúsculo, y siento que sus ollares olfatean la hembra. Percibo su relincho de océano, tal si recibiera en la cabeza el golpe rudo de un titánico martillo. El equino asombroso se cimbrea en un vaivén de sismo, en tanto yo compongo mi cuerpo en una plástica de estatua. Los dos somos uno, que marcha sobre la grupa potente y bella del sangrante mundo.

En mí hay algo de montaña, semental o dios. Presiento que voy a estallar en una carcajada loca de trompeta, o en un relincho atronador de centauro dinámico de hirviente lava. Mi ser es sacudido por una fuerza monstruosa que enerva como el vino. No tengo ya voluntad intelectiva; hay algo en mí que se vá a quebrar cual frágil lución. Mi espíritu arrastra su placer en las llanuras y colinas, como una mansa y sutil neblina. Experimento deseos súbitos de vaciar a borbotones mi sangre, en estos campos de Dios, y embarrarla en ellos, y en mi rostro también; y destrozándome el cuerpo en desesperación de hidrofobia, deslizarme radiante sobre la piel de un gato, para así estrujar las turgencias de la bendita tierra.

¡Montes, ríos, praderas, peñascos, cielo! ¡Cuán-

to daría por confundir mi existencia dolorosa con las vuestras! Hay algo más, incomparablemente más conmovedor y puro en vuestras almas, que en el alma metódica citadina, donde todo es un vasto fangal de sangre podrida.

Me hielo de miedo: voy a tornar a la ciudad...

Estoy en ella. Mi espíritu atónito mira a todos lados con ojos de fiera recién aprisionada. No sé qué hacer, pero una extraña voluntad me impele a girar como fantoche, cooperando así a la mascarada imbécil de los serviles en las urbes tentaculares y fantásticas.

Aquí me falta Dios vivo. Estas gentes son lobos hambrientos de manada: quiero escupir las que a mi lado pasan...

Ellas me miran con odio de chacal en furia, tal vez porque existo y paseo mi petulancia, junto a ellas; mas yo sigo mi camino, pensando que soy parte atómica del montón informe de esta civilización criminal, en que todos y cada uno es pintoresco derviche que girando pasa...

¡Selvas! ¡Casa de Dios! Cómo deseo en estas malditas horas, vuestra profunda y reconfortante mirada panteísta!...

I

LA MASCARA DE COLORES

CABALLO A CABALLO.

La mesa se había hecho mansa, sobria y concentrada. Francisco de Asís la habría llamado, hermana. Sus aristas filosas y altivas de antaño, que dieran idea exacta del sintetismo y concreción de las cosas, hoy tenían la blandura fláccida que hay en los miembros de los niños y ancianos: todo como en todo, adquiriendo la curva que hace el círculo. Impávida, parecía plasmar pupilas de buho en su quietismo, y sus cuatro patas, eran cuatro expresiones de fijeza. Estaba hecha sin pretensiones de humana vanidad: lisa y con los extremos sólidos.

Sobre la cubierta, en un candelero de hojalata, ardía una vela que, en la flama decía bailoteando su indiferencia feliz a la vida, y junto a ésta, desparpajados, había multitud de papeles en completo abatimiento, siendo notablemente visible entre ellos, un calendario de El Más Antiguo Galván.

Frente al mueble, un vejete vivaz, removía los documentos con imperturbable lentitud y, de cuando en cuando, irguiendo la cabeza, dirigía frases interrogativas a su hijo, quien completaba a su lado el cuadro íntimo.

Una cómoda vetusta, un reloj de campana sobre ésta; colgado el cuadro antiguo de la abuela, tres o cuatro sillas junto a la pared, y quedaba toda una alma integrada dentro de un cuarto que se contemplaba a sí mismo el interior en una caricia tibia.

Ahí caminaba sin incidente el tiempo. Mas de improviso, con movimiento rápido pero involuntario, el heredero exclamó llevando la diestra hacia un objeto de la mesa:

—¡Mira, papá! ¡Mira! Un pelo que hay pegado en la libranza! Con igual agilidad, el anciano interpuso la suya a la del hijo que se estiraba, y contestó:

—¡Deja, hijo, deja! Este pelo es del bigote de mi compadre Andrés! Cuando yo no era aún tan anciano, cuando los hombres lo eran de verdad, los negocios se trataban a bigote, bajo palabra de honor. Esta era la estampilla legalizadora que hoy en día es papel explotador. Por esa causa está pegado el pelo aquí.

Después de la explicación, serenáronse los rostros de ambos, tornando los dos hombres al trabajo. Momentos transcurridos, entreabriéndose la única puerta de entrada, penetró en la habitación una mujer, idéntica en edad al jefe de la casa; adelantó unos pasos hacia la mesa y dijo:

—Juan, hijo; déjanos unos momentos solos.

El vástago, al abandonar la pieza entrecerró la puerta. La mujer sentándose preguntó:

—Conque, siempre estás resuelto a impedir el matrimonio de tu hija con Damián?

—Afortunadamente; ya lo sabes.

—Ya te he dicho que yo quiero se haga.

—Pero en cambio, yo no.

—Pero yo sí; no seas terco. Damián es todo un hombre y puede hacer feliz a Julia.

—Te repito que no quiero, mujer, es inútil; no seas necia.

—Pero es que esto es un crimen: estorbar el porvenir de una hija? Apenas si se puede creer.

—Bueno, bueno; déjame en paz, no estoy para discusiones, tengo mucho trabajo.

—No, es que hoy debe quedar arreglado todo. Yo quiero que mi hija se case con Damián.

—Pero yo no.

—Pero yo sí.

—Pero yo no, caramba!

—¡Caramba, yo sí!

Subía el tono de las voces; los ojos se encendían y cada cuerpo hacíase gallardo de imperio.

—Bueno,—previno el esposo, tratando de cortar de cuajo aquella desagradable escena—Ya que así te obstinas, contra la razón y mis deseos, quiero revelarte un secreto de mi juventud, para que sepas el por qué de mi oposición.

—Sí?, dilo.

—No puedo, no debo consentir, ni cederé a semejante aberración, porque Damián, ahí donde lo ves, es hijo mío.

Un golpe dado en seco en la cabeza de la anciana, no hubiera hecho tanto daño como las palabras de su esposo.

Perpleja, pareció bambolearse, pero rehaciendo su presencia de ánimo, con los ojos que se le querían salir de las órbitas y mirando con fijeza y odio a su marido, replicó con prontitud, adivinando una maniobra de su cónyuge, puesto que hombre ninguno fué tan leal como su Darío.

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! Es cierto? Viejo marrullero! Es cierto? pues, ya que esto va así, yo también te revelaré otro secreto....

Y a boca de jarro exclamó:

—¡Julia, no es hija tuya, es de....

El ranchero miró atónito a su mujer y, replegándose, con las pupilas dilatadas y los puños listos para acometer, tal bestia acosada, dando un golpe en la mansa hermana, defendióse:

—¡Vieja del demonio! ¡Mientes! ¡Mientes! ¡Mientes! Lo está gritando tu cara de chango! Lárgate de aquí, porque te mato! ¡Que se casen cuando les venga en gana! ¡Qué canija! ¡Cómo eres de malvada! ¡Pegarme semejante susto! No te lo perdonaré!...

Y cuando esto decía el campesino, la esposa soltó una carcajada sonora y jubilosa de triunfo.

—Ya ves, ya ves; te he ganado la partida, mi viejo; ya ves... como pa los toros del Jaral, los caballos de allá mesmo....

MAQUILAS.

El añoso y carcomido molino de la comarca, trabajando rechinaba, crujía, crepitaba a cada impulso de la turbina; en el casi ya desgajado caserón producíase un rumor sordo, y a veces había como gruñidos de perro somnoliento o quejidos desolados de torturado vagabundo. Viniendo del cubo del molino escuchábase el caer ininterrumpido del agua que en abundoso torrente se precipitaba de fuera con fuerza palpitante, imprimiendo a las paletas un vértigo de nebulosa; del caserón, en el cuarto donde se hallaban las muelas sílicas, en alteros o dispersos, yacían dormitando los costales de yute, conteniendo abombados el grano para la molienda, mientras el molinero,—un decrépito obrero que había perdido ya la cuenta de sus años,—vaciaba trémulo pero con regularidad en la tolva, el trigo, el cual cayendo en la perforada *voladora*, era triturado, molido, pulverizado entre los planos ásperos de las piedras negruzcas.

En el piso bajo, más operarios aparaban en sacos las diversas clases de harinas que salían a chorros por los estrangoles.

Movíase la maquinaria, ufanábase sin descanso, y los campesinos de la región, en pequeñas caravanas conducían por los angostos y caldeados senderos y sobre lomos pacientes de asnos, el trigo para la maquila.

Antes de entregar éste, los labriegos conocían su mies; más tarde, imposible. Tantos y tantos agricultores llegaban llevando grano, que sólo concretábanse con gesto de mansa bondad a recoger la blanca o trigueña harina que les daría el pan bendito para sus hijos.

A la izquierda, acoplada entre riscos patinados por el musgo, la granja del administrador daba dulzura a la selva vecina, con su multicromía rústica. En los alrededores de ella, las gallinas, cacareando escandalosas por el huevo recien puesto, cortaban el éxtasis criollo. Los pollitos,—reguero movible de granos de maíz—chillando describían en círculo, rondas en el patio al perseguir a uno de ellos que llevaba una diminuta lombriz entre el pico, y en la cocina, las manos prometedoras de la molendera hacían oír su nota palmoteante que hablaba al trabajador de tortillas infladitas en sazón.

En la puerta, que cubrían enredaderas grávidas de flores, destacaba en fondo verdinegro, el cuerpo abundoso, la madre del hogar, y sonreía por su natural abandono de mujer sana, quien al pararse a escuchar el ruido del molino, con sus pupilas cándidas, veía aparecer con andar dificultoso a una mujer que se acercaba conduciendo de la mano a

un niño. Esta se le aproximaba momento a mom
to, hasta que al fin entablaron conversación:

—Buenos días, cómo está asté de salú?—c
la vieja visitante.

—Bien, a Dios gracias. ¡Pero tía Jesús! ¡C
canosa y flaca está! Qué es lo que tiene? Cuénte
cuénteme lo que le pasa—respondió con voz c
movida doña Luisa.

—Lo que sucede niña, es que tovía no
pasa, no me pasa: he tenido munchas, munchas
nas,—repuso la anciana.

—Pobrecita! Venga a sentarse un chiquito.
se casó, tía Jesús?

—No niña, tovía no.

—¡Cómo! Entonces de quién es ese chamaco
vivo que viene con usted? Se le parece mucho.

—Pos... pos... niña...

—A dónde está su papá? ¿Quién es?

—Pos... pos...la mera verdá niña, es una
quilita.

—¡Cómo! Qué quiere decir con eso?

—Pos ya asté me comprende: una maquil
un resbalón niña; qué quere, Díos es ansina.

—¡Pero tía Jesús! ¡Pero tía Jesús! Y ya
vieja.

—No niña, de todo se jaya en la viña del Sif
estamos en la casa del jabonero, y el que no cai

—¡Pero tía Jesús, pero tía Jesús!, y cómo
tuvo eso? Cuénteme.

—Nada niña: una maquilita. Yo mesma no

po de qué costal es la'rina. Un día tomé mi traguito y...—¡Válgame el Siñor de Chalma y la Virgen Santísima de Gualupe!...

Cae la luz; la sombra asciende serena. Va siendo de tarde. A distancia, la maquinaria del molino parece roer, rumiar, rumiar con fatigadas mandíbulas un alimento reseco, y los atajos de burros trotando, trotando, con su silencio y su harina, allá van, allá van perdiéndose en la senda, mientras los arrieros chiflando melancólicos aires del terruño siguen tras ellos, y acá, en la granja, la vieja campesina baja rengueando, rengueando entre las peñas que empardecen con la tarde.

POR SI NO LO JUERA.

La casita de tía Tina es típicamente mexicana.

Las enredaderas trepan altaneras por los muros, que parecen sangrar de corolas púrpuras. Algunas hay que suben lamiendo los labios arcillosos y sedientos del tejado, en donde se recuestan soslayadas a dormir en rítmica floración un sueño de arrobamiento campestre.

La huerta: en la huerta hay rara vendimia de bacantes de oro pulposo, y las siete notas musicales se desgranan como risa de marimba por las gargantas monocordes de los gorriones. El Sol, gigantesco beso divino, danza alrededor del ambiente su danza exótica de luz, ataviado con una túnica inmensa de grana, adornada con pedrería fabulosa en los paisajes de la tierra y el cielo.

Las flores de Nochebuena levantan sus rehiletes a la comba azul cobalto, como sexos de mal.

Bajo la más jugosa sombra verdinegra, tía Tina enseña la lección diaria a su hijo, en provincial silabario. Ella ha oído en diversas ocasiones doctrinar a su compadrito Trini: "La letra con sangre, entra". Mas ella no sabe leer y, así, con ceremonio-

sa circunspección pregunta en esta vez a Santos, señalando la primera letra del *corralito* con su índice trémulo:

—¿Qué letra es ésta, hijo?

—Pos croque es A...—responde tímidamente el niño.

—Pos por si no lo juera, toma...

Un rudo coscorrón escúchase, y se ve rebotar la mano rugosa pero aún fuerte de tía Tina sobre la cabeza de Santos, quien la acurruca entre los hombros y da un estridente chillido, volviendo en seguida a adquirir su antigua posición.

—Hijo, qué letra es ésta?—prosigue tía Tina.

—Pos croque es E...

—Pos por si no lo juera, toma...

Un nuevo golpe, otro chillido, y Santos vuelve a encogerse,

Después, tía Tina continúa la lección indefinidamente con golpes y más golpes: ¡Claro! "La letra con sangre, entra", había oído decir.

El Tiempo, en lenta caminata sigue su marcha en espiral eterna e inmutable; sólo las cosas cambian de faz. Muchos seres y objetos han desaparecido. En la sabrosa y mística provincia; en la casita mexicana, todo se ha transformado. Santos, hecho ya un hombre, anda que anda bajo las ramazones de los árboles caducos de la huerta, hollando la crujiente maleza.

A veces, así, imperceptiblemente, murmura:

—Pos croque es A...—y finge la mueca de antaño.

Tía Tina murió en la canícula del año anterior, y por ello los pájaros extrañados, ya no cantan.

LA CRUZ DE MAYO

LA CRUZ DE MAYO.

Venía el indígena silbando por la cuesta con un
o de melancolía. En su marcha, el camino, ale-
adose iba adquiriendo matices tropicales, y el eco
la música repercutía en el bosque; contestá-
se a sí en los recodos de la selva, rebotaba y se
ía madeja entre las ramas, perdíase para rea-
recer al momento en otra parte de la arboleda;
un laberinto de musicalidad extraña. Dos, tres,
z, cien bocas simulaban repetir el eco, formando
o. El sonido persiguiéndose hacíase múltiple,
maba la faz a ratos y a ratos la ocultaba; mi-
o a minuto parecía volverse más y más soñador.
ora era un gemido, después un ruego, al instan-
una oración; seguía, y tornábase canto épico. La
ensidad de las ondas aminoraban a ratos para
tinuar más armoniosas, más espirituales, más
inas; acrecían, y entonces la pasión humana
taba en la carne; después, descendiendo, eran la
lencia de la vida campestre: el canto multiplicá-
se, perdíase y jugueteando fingía un arroyo en-
frondas, rumor de ramas que se agitaran con el
nto a la luz del sol, pájaros que batiendo las alas

iban cantando, ora sollozando con su estela de p
mas...

El indio seguía su andar y el éxtasis continua
impregnándose en la selva. El camino volvíase m
lleno de color.

El nativo, como todos los pobres indígenas, v
tía de manta empardecida y en los hombros ag
gaba su nota abigarrada, el zarape, el zarape be
simo, decorado con flores, grecas y pájaros, carga
y a veces sobrio en colores, y en la cabeza el huic
de paja.

En los brazos llevaba un gallo, que mucho
recido guardaba con su dueño. Tenía la cresta
blada y púrpura, como el sombrero de él a los
flejos del barro caldeado. Los ojos de ambos, m
quietos y muy vivaces dilatábanse en halos hacia
lejanía, y de cuando en cuando, alzaban sus cír
los al sol. El uno parpadeando con los suyos
brasa, vigilaba al rampante gavilán; el otro, p
padeando por la fuerza alucinante del astro, cal
laba por la altura de éste, la hora del instante.
ratos mirábanse mútuamente. ¡Quién sabe lo
pensarían el uno del otro!, pero se contemplaban.
indio, aun cuando interrumpía a veces su armo
so chiflar, continuábalo al momento, dando nue
inflexiones al aire de su boca endurecida, y tal
su absorto canto, que el ave a ratos, estirando
pescuezo, lanzaba su voz sonora, como si de aqu
garganta animal brotara un chorro de vidrios

licromos que se esparcieran por todos lados, en el viento, en los montes, en el suelo.

El plumaje del gallo, era una luminaria, donde brincaban las llamas, y el cuerpo del indio era un incendio que se retorcía en espiral a mitad del camino.

Así fueron hasta la villa; él era del pueblo de San Mateo; iba a vender su ave para comprar la cera y los cohetes que arderían, la una al pie de la santa cruz y los otros en el viento—víspera de la Cruz del tres de mayo era.

Entró al pueblo lleno de esperanzas, lleno de fervor, lleno de mansedumbre.

En la próxima esquina, a la puerta de una tienda, un grupo de vecinos dialogaba. El patrón de ésta, al descubrir al natural, acercándose a sus compañeros, díjoles algo que los hizo prorrumpir en unánime carcajada, dispersándose en sentidos diversos después. El indio llegóse al tendero, y con suma humildad, hablóle:

—Buenos día, patrón. No quere mercarme mi gallo?

—Cuál gallo?—respondióle con admiración el abarrotero.

—Este que truje.

—Pero hombre¡ Si ese no es gallo, es conejo.

—Qué cunejo ni qué cunejo,—replicó sonriendo el indio.

Es gallo, siñor. Mércalmelo pa llevarte el cerita y el cohete.

—Pero si eso no es gallo, es conejo.

—No siñor, es gallo.

—Es conejo, te digo.

—Es gallo, siñor; qué no lo devisas?

—Que te digo que es conejo.

—Qué cunejo, es gallo!

—Nó, es conejo.

El indio, ya fastidiado por la terquedad de su interlocutor, y convencido de que éste no se lo compraría y sí en cambio le estaba haciendo enojar, afirmó:

—Este es gallo y rete gallo, anque nosté no lo quera—y dió las espaldas, siguïendo por la calle.

El hombre quedóse viéndole partir con sonrisa maliciosa. En cercana esquina, otro habitante interceptando el paso al indio le preguntó:

—Cuánto vale tu conejo, hombre?

—¡No es cujeno! ¡No es cunejo! ¡Malaya!—repuso airado.—Si es gallo; qué no le ve?

Jajajajajajaja...gallo; qué gallo ni qué gallo; pues qué es lo que te pasa muchacho? Ese que llevas es un conejo.

Impaciente ya el pobre, dió una vuelta rápida, en la cual puso toda su cólera y se marchó

A poco andar, otro vecino salióle al paso e hizo iguales preguntas, entablándose idéntico diálogo violento. No transcurrido mucho rato, otro y otros saliéronle al paso, hasta que colmado de ira y no menos sobresaltado por aquel fenómeno, queriéndosele saltar las lágrimas a los ojos y temblándole

las piernas, un tanto medroso, al tropezar con un décimo comprador, enfrentósele el indio. Ya no rehuía la cosa, anhelaba terminar cuanto antes aquella situación que le estaba poniendo los pelos de punta:

—Vendes tu conejo, hombre?

—¡Canijo!—exclamó el infeliz—Todos dicen que es cunejo siñor, todos le ven cunejo, yo le veo gallo. Quén sabe el mera verdá qué es lu que será. Se me alfigura que es el demonio mesmísimo, Santa Virgen de Gualupe, Siñor de Chalmita!...

—Pero qué te pasa? Que es gallo ese conejo? Vaya que tiene chiste. Si es conejo, qué no le ves?

—Sí, ya me lu han dicido, puro yo lo veo gallo!...—Habló temblándole todo el cuerpo el hombre, y en un impulso de terror, aventóle muy lejos de sí, terminando:

—¡Es el mesmísimo diablo, siñor, antonce,—y alejóse corriendo, con pánico, mientras el gallo al caer arrastrándose de buche, lanzaba un gárrido kíkiriki... El nativo se perdió despavorido en las calles con las melenas flotando, y el comprador repetía:

—Es conejo, es conejo, cuánto quieres por tu conejo; jajajajajaja...

La choza del indio estaba triste y a obscuras. El, sentado en cuclillas, acompañado de su mujer, a la puerta de la cabaña, abstraíanse melancólicamente en la quietud del lugar. Era la víspera del tres

de Mayo. Por doquiera subían los cohetes al aire, dejando oír su voz de fiesta. Las múltiples luminarias—al rededor de las cuales danzaban gritando pequeños aborígenes,—hacían un resplandor que ascendiendo esfumábanse en la comba... Ambos suspiraban....

Y ORA PA QUE.

Viernes Santo. Celébrase la Semana Mayor. Las calles invadidas por gente alegre y devota, da a la ciudad un aspecto de fiesta.

Iban los dos. Al recuerdo de los puestos de la Alamenda, sentían deseos incontenibles de comprar chucherías mil, pero el peso brillante a fuerza de tanto tallarlo en la bolsa, elocuéntemente hablaba de que, por redondo que fuera, no podría tornarse gordo como la luna. Ellos querían tantas y tantas cosas!

A pie, cuadras y más cuadras anduvieron para llegar desde su lejano barrio hasta la Alameda. No; si gastaban veinte fierros en el tranvía, sin duda que desacabalarían el peso para la matraca, a pesar de lo cual, el marido, con una vehemencia nunca sentida, rogaba:

—Mira, vieja: nomás un litro, hace harto sol; qué no sientes la calor? Oye, allí en *El Jicote,* en *Los Recuerdos del Porvenir,* en *La Chinaca,* en *Los Sabios sin Estudio* o allá en *Las Mulas de Don Cristóbal.*

El peso peligraba.

La mujer no le hacía caso y continuaban.

—Andale, viejita, nomás un litrito.

Ella permanecía imperturbable, pensando en lo que comprarían.

Llegaron a la Alamenda. Paseaban y paseaban. Los puestos ofrecíanse a la vista en una visión inaccesible. Aquí los cacharros de Tlaquepaque, a su vera los sarapes de Oaxaca y El Saltillo, allá las jícaras maravillosas de Uruapan, al lado las canastas y tenatitos y la talavera; luego, los dulces, los buñuelos y tamales, los taquitos, las neverías, pero, ¡Ah!, la aguafresquería con su aguafresquera tan coqueta, al lado de quien se levantaba una brillante olla sentada en un banco de arena. Aquí si que los dos se sintieron atraídos. El hombre fué el primero en decidirse:

—Ora si no digas que no, vieja: una aguafresquita, ya no aguanto de sé.

La mujer conmovida, accedió, y ambos acercáronse a saborear un rico vasote de agua de piña con hielo. El alma de los dos se les hizo ancha de contento bajo la sombra de los fresnos de la Alameda.

Siguieron su paseo. Todo era caro y les parecía demasiado pequeño. Un marranito de barro para engordarlo,—pero válganos Dios,—con qué? Un florerito para poner flores? Los había hermosos, de Guadalajara, ¡Ay!, si ni mesa tenían en su pobre casa!

La mujer opinaba por una imagen del Sagrado

Corazón. Ya ella le haría una repisa aunque fuera con un pedazo de tabla y dos grandes clavos.

El marido refunfuñaba: "¡Sagrado Corazón!" Bonito estaba él para que su peso, economizado con tantos sacrificios se fuera ahora en un santo sin milagros. Lo comprarían de una garrafita de mezcal, y suplicando, la invitaba:

—Anda, por qué no quieres? Mira que un traguito allá de cuando en cuando nos hará muy bien y nos ayudará a soportar las penas.

Y tironeaba a la esposa del rebozo, pero ésta, había ya encontrado solución al problema. Un muchacho se acercaba gritando:

—Mérqueme los periquito, mérqueme los periquito.

Y no hubo remedio. En que se va y en que se viene, Anastasio, soltó el resto del peso por el feo animalucho implume con cabeza deforme; una desgracia la infeliz ave. Y luego, los trabajos y las palabrotas del marido para llegar hasta la casa.

Después, los días se sucedieron y el animal empezó a crecer con todo el contento del *Capitan*: un perro sarnoso y enclenque, arrimado también a la miseria del viejo matrimonio.

Manuela—este era el nombre de la mujer—se desvivía por enseñar' al périco el Alabado. Ella había conocido a uno que lo sabía *todo entero.*

También había aprendido ya el animal aquello de, "Periquito, eres casado? Y en Veracruz velado'', y se daban a reír los dos, maestra y discípulo,

despertando de sus *monas* a Anastasio, que enfurecido se prometía vengarse un día del perico y de la vieja.

Cuando ésta salía a sus compras, Anastasio sentábase muy formal delante del pajarraco y después de partirle una nuez, que pacienzudamente las patas y el pico del loro iban mondando, empezaba la tarea:

—Periquito lindo, hable el hermoso. Diga.... y aquí se acercaba al oído del perico y en secreto, pronunciaba la frase.

El perico entendía. Muy quedo, tartamudeaba la lección.

Así pasó el tiempo. La pobreza de Manuela parecía aliviarse y los años no pesarle, con el estímulo del perico.

Una mañana—¡Suerte implacable!— Manuela escuchó los chillidos del consentido y los ladridos del *Capitán.*

Cómo había sido la tragedia? Cayó sin duda el ave desde la periquera, cuando pudo hacerla presa el can?

Ello fué que, cuando Manuela llegó corriendo en socorro suyo, sólo la cabeza faltaba por engullir del adorado animalito; mas a los gritos de ella, el victimario devolvió el bocado.

¡Allí estaba el infortunado amor de sus amores! ¡Allí estaba deshecho y expirando!

Lo cogió en sus manos, se deshizo en lágrimas,

bañándolo con ellas, y acercándolo a su pecho, empezo a prodigarle todo el rosario de sus ternuras:

—Mi rey, mi lorito hermoso. Quién lo quière? Qué le han hecho al encanto?...

Aleteó el animal, y abriendo cuan grande era su pico, dijo claramente y con todas sus letras, la lección de Anastasio:

—Y ora pa qué, vieja... .

POR CARAMBOLA

POR CARAMBOLA.

—Oye, Rogelio, vamos a jugarle una tantiá al juilón de tío Pimenio—dijo un contratista minero, rechonchito, prieto y con aspecto de gran bandido guanaco, a un compañero, con quien estaba platicando en el socavón de un tiro.

—¡Ya! Ya vas a comenzar a fregar con tus tarugadas a ese probe viejo, que no hace mal a naiden.

—Andale, coyón. Mira, no'más ten cuidao; por de pronto, ven, vamos a la tienda de Ufrasio, por unas velas, ya es hora de entrarle al barreno, que la pioná no debe liatar.

Ambos, conversando con animada voz, caminaron rumbo a la tienda de raya. Sus palabras, plenas de picardía entrecortábanse por carcajadas estridentes de jayán y pataleo nervioso en el suelo. Quién de ellos satiriza a éste, quién insulta a otro; por el sólo hecho de encontrarse ausentes las víctimas.

—¿Cómo amaneció, don Ufrasio?—interrogó la pareja de truanes al entrar en el establecimiento.

—Pos cómo queren que haya manecido: en cuatro patas—gruñó el hombre.

—Ora, ora, si le preguntamos por su salú—replicaron.

—Pos la mera verdá, queren que les diga, que esas son cosas y cuentas de mi vieja y na' más.... Digan qué es lo que queren y cállense los dientes.

—Bueno, bueno, sin brincarnos a las piochas. Denos dos paquetitos de velas pa aluzarnos en la mina.

El comerciante, con movimientos de barril que rodara, haciendo resonar sus cacles, fué a bajar con una garrocha, las velas; hecho ésto, volvió a sus parroquianos.

—Aquí están.

—Háganos la mercé de partirlas por la mitá.

—Ya están.

—Don Ufrasio, por favorcito, deles otra tronchá.

—Bueno.

—Se me afigura que tovía necitan otra tronchá: désela.

—Listo.

—¿Cuánto valen, eh?

—Pos por ser pa ustedes, se las voy a dejar en dos cincuenta el paquete.

—¡Canijo! ¡Ni que estuviéramos en La Gavia! No, eso no; es un robo. Cómo pue'ser posible que

las dé a ese precio? Se las pago a doce riales el paquete.

—No puedo darlas ni un centavo menos, me cuestan muy caras. Aemás, a mí me cuadra que too sea bien vendío o bien podrío. Pa regalalas tiempo sobra.... Pero ya que no compran, no mayuguen. Jalen pa'lante....—concluyó iracundo el viejo tendero.

—Ya, ya.... No se enoje don Eufra, con no llevarlas, ta too al pelo;—vámonos, Rogelio.

Con cierta parsimonia inquieta salieron ambos, y alejáronse en poco tiempo de aquel lugar, mientras el tendero hecho un energúmeno al verse defraudado de modo tan vil, lanzó una blasfemia, arrojando las velas a uno de los semilleros, y fué a desquitar su cólera con la pacífica mujer que condimentaba los alimentos.

—Oiga tío Espirio—le dijo el minero gordinflón a uno de sus capataces.—Hágame el favorcito de ir a la tienda de don Ufrasio y cómprese dos paquetitos de velas. Le dice que las haga tres partes; ya sabe usté cómo.

—Don Ufrasio,—saludó con cariñoso mimo de viejo, don Espirio.—Hágame la gracia de darme dos paquetitos de velitas pa entrar a la mina.

Don Eufrasio, dirigió una mirada recelosa al anciano, escrutando detenidamente su pensamiento,

pero al ver la calma del marchante retratada en la cara, se dispuso a despachar.

—Ora, si no l'es molesto, pártamelas por la mitá.

—Arreglao.

—Deles otra.

El abarrotero, pegando un formidable puñetazo en el mostrador y conteniéndose a duras penas, respondió:

—Mire, don Espi, vaya y que se las parta la'utora de sus días, porque yo no soy burla de naiden; lo qué sí voy hacer es a darle un diablazo pa que no venga usté también a.... —y haciendo un movimiento rápido, estiró la mano, tomó la vara métrica de encino que estaba a su lado y arrojósele enfurecido encima. Pero, don Espirio, al darse cuenta de que algo anormal ocurría en su paisano, de un brinco se puso en mitad de la calle, y ésto fué correr y correr por ella con pasos de pollo quemado.

Mientras esto ocurría, en la esquina contigua y recatándose, los dos malvados se desternillaban de risa al ver la fuga del anciano.

EL COMPADRE DE AUSENCIA.

Sobre el cadmio del cielo se diluía un verde malva que flotaba en la atmósfera e iba de las arboledas, montes y prados; en la garganta de los cerros, pedazos de neblina marchaban en vilo rosando las ramas con una lentitud solemne, casi en éxtasis. De no lejos, llegaba un eco de campanas. Aquí y allá, grupos de rebaños triscaban, mientras los pastores echados de bruces en la apretada hierba, parecían arrobarse en la quietud.

Aisladas, solas, una que otra cabaña labriega dejaba perfilar su tejado, de donde partía a veces un hilillo de humo. Escuchábase el ladrar opaco de algún perro, y en los caminos vecinales, los rancheros en semitono modulaban cantares cloróticos.

—Cinco de la tarde.—

En la casa de Ausencia hacíase la provisión diaria de agua. Ella bajó a llevarla del río, donde él estaba sentado a la orilla, esperando que bebieran los bueyes de su yunta.

Había pasado la moza de los veinte abriles entrando en unos veinticinco otoños muy tentadores.

Al verla, acercósele el gañán.

—Compadre —habló la aldeana—, tanto bueno por aquí.... yo me pensaba que su mercé andaba pal Jaral; dicían que.... que.... pos que, aqueos se habían juído pa la hacienda de don Cristóbal.

—Se afigura asté, comadre, —contestóle él—, que un hombre honrao se desgracie por una..... —con licencia de asté, pero... por una... pa qué le digo el fin?

Ta bueno que si me queren robar la mujer que's mía, propia de mi propiedá, la mujer que's mía por el juzgao y por la iglesia, yo me haga creminal matando al jijo del fregao que me hiciera eso, pero cuando esa juera güena, honradota y cabal... pero.... por esa....

—¡Ay!, compadre.... miré asté, pos dicían que su mercé los iba siguiendo.... Hasta le tengo ofrecida a Nuestra Siñora de Gualupe una manda, con tal en que asté saliera con bien de la cosa.... porque yo mi dije: pos como el otro está juerte, muchacho y dicen que no le tiene mieo ni al mesmísimo diablo.... pos quén sabe... pué ser que lo hubiera tumbao asté....

—No, comadre Ausencia... no es el mieo. Aquí onde me devisa con estas barbas onde ya hay pelos blancos y con este cuerpo que empieza a encorbarse por los cuarenta.... pos le digo que tiro un güey.... cuantimás a ese desgraciao, pero.... a luego, ¿qué me resultaría?.... Ir a la cárcel, revolverme con todos aqueos creminales, dejar a mis hijos solos en el jacal.... ¡solos, comadre!.... y

pudrirme allá... mientras los probes chamacos se morían de hambre.... ¿comprende? Ya que la madre les salió tan perra y se jaló dejándolos a la mercé de los cuatro vientos, no se dirá que yo.... juí de la mesma....

La muchacha observaba los ojos del compadre que iban nublándose por las lágrimas, y como acababara de llenar su cántaro, lo puso en el hombro, ayudada de la mano recia del hombre —que decía bien—, no le temblaba y estaba aún con los vigores de la juventud.

—Seguía cayendo la tarde.—

Juan Simón —este era el nombre del compadre de Ausencia,— viendo los preparativos de marcha de su comadre, arrió también su yunta y fué escoltándola y haciéndole por el camino confidencias sobre su amargura, y sobre su buena fe burlada.

Esbozaba la tristeza de su jacal tan frío y tan solo; hacía resaltar la doliente orfandad de sus dos mocosillos que sin cumplir diez años, ya sabían de dolores y lágrimas.

Ausencia entendía.... ¡bien que entendía!....

Después de todo, ¿qué? Muerta su madre, ¿qué le restaba?....

Iban llegando; la puerta de trancas estaba ya a la vista. Juan Simón, cogió el rebozo de la comadre, —madrina del más pequeño de los chicos—, y jugando con sus puntas, le espetó la declaración:

—Comadre.... ¿por qué no? Asté sola.... yo solo.... véngase con nosotros... Ahí hace falta el calor de una mujer....

No pronunció palabra Ausencia, pero la sonrisa de sus labios carnosos y la mirada fuerte de sus ojos, hicieron al ranchero arriar la yunta con más bríos.

Mientras, ella quedó tras la empalizada, con el cántaro al hombro, observando al grupo que se perdía....

En el ambiente pareció flotar un anhelo de ilusión....

MARCELA

Le encontré abstraído, fijas las pupilas en el silencio de su sér; frente a sus campos sembrados de alfalfares, donde se antojaba *ser un arito azul para rodar*. Tenía echado el cuerpo hacia delante y acodado sobre las trancas de los cercados que bordeaban de trecho en trecho sus labrantíos. El sombrero de palma que le cubría la cabeza, le formaba a la faz en mutismo, un alero blanco que dejaba filtrar entre palma y palma entretejidas, puntos de sol, semejando bordado de lentejuelas.

Su rostro en éxtasis, recordaba al verlo, a algún ancestro árabe: ojos, bigote, boca, tez y el óvalo de la cara hacían adivinar en aquel campesino moreno y recio, al hijo del beduino.

Tenía la mirada viva como la tienen los caballos de la tierra de Alá, y había también en ellos dulzuras de odalisca.

José, cuyo era el nombre; pensaba, pensaba en los problemas que ofrecen los treinta años. En aquella su casa,—casa de Noé bíblico:—tenía perros, gatos, puercos, conejos, gallinas, borregos, palomas, pericos, loros y toda clase de pájaros. ¡Ah!,

y una becerra más tierna que las cañas de los maizales en Agosto. Marcela, Marcela se llamaba. Sus caderas cimbrosas y plenas, pedían a gritos, amor; el cuerpo manchado de negro y blanco, ondulaba junto al pesebre y se retorcía de júbilo cuando era llevada al campo; pero sobre todo, no sé qué de afín con los de su dueño tenía en los ojazos húmedos y brillantes.

En ella pensaba José: ya se estaba tornando mujer; mostrábanse anhelos de amor, en plenitud de vida animal; era necesario casarla, buscarle novio. —¡Y lo tendría bello!—se decía José,— sí, muy bello; con esa belleza de las razas holandesas: de morrillo enorme, lomos amplios y en todo él corpulencia y sana arrogancia. ¡Ah!, eso sí, debería tener las narices argolladas, como uno que había visto aquel día.

José meditaba en el dilema campestre, en el noviazgo de su Marcela. Sí, ya: la casaría con el toro cárdeno de su compadre Hipólito; pero hé aquí que la cosa se complicaba: no sería demasiado novio, demasiado toro, demasiado buey para su Marcela querida? ¡Pobrecita! Ni siquiera imaginarlo. Semejante animalazo para su adoración. ¡Qué barbaridad! Aquello no podía ser, no debería ser.... Pero.... ¿y el producto? Seguramente el hijo saldría un torete tan lindo como solecito mañanero de fiesta. Seguramente éste le reportaría beneficios incalculables. Desde luego, haría cosa parecida a la de su compadre Poli, donándole esposas

cuantas quisiera; —eso sí, previos cinco sonoros pesos, o un medio Hidalgo de la época de don Porfirio o dos Nietecitos de cuando don Venustiano, o en fin, tostones si no había oro, o también, a falta de pan, santa es la morralla de los pobres.

Decididamente la casaría a granel; con ello se volvería rico. Pero ¿y si fuera ternera? Pues entonces repetiría la operación de mujer joven; —el que no asegunda, no es buen labrador— y quién sabe, pudiera que llegara a tener una bueyada tan grande como la de la Hacienda del lamo Carlos. Bueno, por de pronto, lo que urgía era casar a la Marcela. —¡Pobre!—reflexionaba el ingenuo campesino, y al hacerlo, tal parecía que sobre su cuerpo robusto pesaba una enorme carga que le hacía pandearse. Sufría ya por ambos. Siempre había sufrido por ambos. ¡Maldita idea! Mas la cosa no tenía remedio. Y así, retirándose del cercado, se fué alejando por los campos, con la mente más pensativa que nunca, poniendo en su andar una laxitud de mujer en *estado de santidad*. Sí, el sábado será el casamiento —repetía para sí,— mientras paciente se alejaba meditando en los sufrimientos que algunos progenitores tienen en la noche que se les van las hijas al altar.

Sábado con luz de fiesta en el campo y en el alma. Silencio, silencio profundo y largo, pronto a romperse en clamor de alas vibrantes en el azul del cielo. Sutilidad en el aire. Aromas de flores sil-

vestres y yerbas: girasoles, maíz de teja, gigantones, tabaquillo, té, maizales y frutos de las huertas lejanas. Cantos de pastores en las praderas, olor a selvas, ¡Agosto grávido de sol!

José, el buenísimo de José va camino de la casa del compadre Hipólito. Lleva estirando de una soga a su Marcela. El camino se le extiende y se le extiende; mas se conforta hablando: "allá nomás tras lomita. Trastumbando aquel cerrito y llegué"; y proseguía su marcha.

La becerra de cuando en cuando se siente invadida de un deseo incontenible de reparar, por la alegría que le causan los campos floridos. ¡Saltar! —Cómo son divinos y libertarios los campos!— Ellos me recuerdan a cierto amigo —siempre que en ellos me encuentro,— quien a semejanza de Marcela, cuando iba al campo le entraban ganas febriles de respingar: animal en dos patas....

José no supo cómo ocurrió la tragedia que le contristó la vida. El iba camino del rancho de su compadrito Hipólito, llevando a su Marcela, —su querido tormento—, cuando sintió un tirón de la soga que la ataba, y poco a poco, un espectáculo terrible se ofreció a su vista: Marcela deshaciéndose de él, se fué a desposar en *amor libre* con un torito roñoso y flaco, con quien quiso la mala suerte tropezaran.

¡Malaya sea la vida! ¡Mal rayo parta a los dueños de charchinas!— Así solía renegar José con su-

prema indignación al recuerdo: condición humana, similitud humana, norma de los proyectos imbéciles....

CIGARRO DE HOJA

CIGARRO DE HOJA.

Eran las cuatro de la mañana. La obscuridad en el mesón comenzaba a romperse en prismas de luz. El gallo —reloj campestre,— en las trancas de los macheros había ya dado en gárrido aleteo su primer cántico. Sobre la piedra dura del portalón dormía un indio, y su aliento se sutilizaba en la claridad undivaga de la madrugada. En la cabecera de éste había un huacal hacinado de jarros, los cuales cobraban, momento a momento, tintes cárdenos; recargado en la pared raída, con serenidad solemne, el bordón parecía velar el sueño del aborígen. Tenía aquél las manos entrelazadas como aprisionando muy quedito el silencio frío de la hora, y su cuerpo extendido parecía tiritar.

El gallo cantó por segunda vez. Se alzó primero su voz rebotando en las paredes al compás de sus alas disonantes; luego, como cascada de rosas transparentes fué por los alrededores, deteniéndose un ratito en cada recodo de la casa y, después, arrojó se en avalancha sobre las praderas y montes que se inundaban de vibraciones anhelantes.

El indio despertó, y mirando asustado al día que asomaba sus manos múltiples de lumen por entre los aleros, restregándose los párpados, dió un bostezo, estiró junto con su cuerpo los brazos, en descoyuntado esfuerzo.

Enderezando el busto, púsose de pie, hechóse sobre el hombro izquierdo la cobija, tomó el bordón, e inclinándose con lentitud, cogió el mecapal de ixtle; volviéndose a sentar, dió la espalda al cacaxtle, se puso la cabezada en la frente y apoyando debajo de su fardo el madero, a un solo impulso estuvo en pie.

Luego, dirigiéndose al zaguán, abriólo. Este rechinando, simuló dar un gruñido en despedida. El gallo tornó a cantar.

Paso a paso, paso a paso, paso a pasito, paso a pasito, mientras se asentaba el huacal en la espalda, fuéronsele calentando los miembros, hasta que en un sacudimiento decisivo, principió a trotar, perdiéndose pronto en la distancia; camino real, tiempo después, muy lejos....

Al medio día, cuando el sol en cópula cósmica parece vaciarse sobre la tierra, el huacalero llegóse a una cerca de piedra coronada de zarzas y tepozanes, a la orilla de un pueblo; descargó su huacal el tameme dolido, a la vez que inflando la boca, metió el labio inferior en el superior y pegó un resoplido por la fatiga. Simultáneamente llevóse la diestra a la cara y, como de un solo tajo, se limpió la frente,

sacudiendo el sudor que de ella chorreaba. El líquido mojó la tierra en partículas.—Todavía no; todavía no;—parecía gritar la Saña. Tendrás que empapar así la tierra, y hasta entonces, cuando dejes de ser manso, fenecerá tu silenciosa miseria.

Serenósele el aliento; sus pupilas recorrieron indiferentes las lejanías; quitándose el sombrero de paja, sacó de éste un paliacate empardecido por el polvo de su camino de amargura, y desatando un nudo que tenía éste, extrajo un rollo de hojas blancas de maíz, escogiendo la más fina de entre ellas, enrollándola, tronchóla por las puntas con los dientes; después, tomó un puño de tabaco, y llevándolo en vilo entre las palmas lo despolvó con la boca; a continuación, haciendo bola el pañuelo lo arrojó al fondo de la copa del huichol. Cogiendo nuevamente la hoja, comenzó con lentitud a darle lamidas para torcer su cigarro. En esto pasaba frente a él un muchacho principal del pueblo, de aspecto taimado, quien acercándosele con curiosidad importuna, sin preámbulo le dijo:

—Con cuántas lambidas tiene la hoja para forjar un cigarro?

—El indio, que no esperaba semejante interrogación, contestóle despectivamente:—

—Siendo baboso como asté, con una lambida tiene, y sobra penco...

...Instantes después, el natural, dando uno, dos, tres golpes con su eslabón contra el pedernal y un pedazo de yesca, encendió su cigarro y, haciendo

enorme, descomunal aspiración al mije, lanzó una bocanada de humo al viento con mueca barroca, y dió un suspiro, mientras por el colmillo arrojaba un salibazo. Quitóse primero uno de los huaraches, y después el otro, sacudiéndolos con fuerza sobre las piedras para desprenderles la tierra adherida, y calzólos nuevamente. Tomando el zarape, lo acomodó en la espalda, cargó su huacal y hechóse a trotar por el mundo, tal sombra de dolor...

SENCILLEZ.

Para mirar el cielo no hay que levantar la cara, porque todo él está más real y bello, refractado en el agua. Por eso los indios llevan la cabeza baja, y sólo la alzan cuando se oculta el Sol, y creen adivinar algo sublime en lo alto.

...En la dulzura glauca del canal, hay una santa armonía cristiana; un tibio cantar con intensa y profunda tristeza agita las ondas; los hidrargirios de la linfa emperlan cadenciosamente sus voces en un rosario devoto, y los remos de las pintadas trajineras, dicen al oído de la *hermana agua* sus dolores del pasado, mientras los maderos, bordeando los remanzos, deslízanse extasiados en brazos de la meditación.

Lloran las brisas hechas color en la flora autóctona y en el ambiente indígena.

El gesto señudo, umbroso y despectivo del indio, infunden cierto misticismo a las amapolas de los jardines flotantes; las canoas pletóricas de flores, pasan en el cortinaje de las aguas, como extrañas

pinceladas fugaces para un esquema espiritual; llevando sobre sus lomos plenos, la sonrisa undivaga de las indias morenas, quienes murmuran oraciones tristes, por los ancestros dormidos en un borroso pensamiento de esperanza.

Los mimbres: almas largas, largas, intensamente largas como la agonía indiana, rodeando las chinampas recordatorias de paz y grandezas lejanas, retratan florestas agudas en cabeceo incesante y lento.

Junto a la puerta de una cabaña entretejida con cañas tiernas, una india y una criolla, taciturnas como el lumen tempranero de la luna, platican sus pobrezas con inocencia emotiva.

—No vamos ora a llevar el almuerzo a los hombres?—Pregunta la criolla.

—Sí,—responde la india, y entrándose violentamente al interior de la choza por un momento, regresó trayendo una canasta cubierta con albeante servilleta.

—¡Qué bonita está tu canasta! ¡Qué bonita es tu servilleta!—dice la criolla al verla.

Sonríe, y con la cara iluminada por recuerdo feliz, la india contesta:

—Si viera qué bueno salió el manta d'esta mi servieta me compró el marido! Primero jué enagua blanca mía, dispués, calzón mi marido, luego, mantía el muchacho, y ora servieta las tortías mi hombre. ¡Qué bueno salió el manta mercó mi probe Juan!

La india suspiró al recuerdo.

...Rieron los espíritus burdos en la pobreza y contemplación sencillas de los habitantes indianos. El canal y sus chinampas burbujearon bajo las plantas sugerentes de la pareja, y el agua glauca siguió chapoteando con flojo abandono en los bordes florecidos....

AVES DE BARRO

—A tres, a tres, a tres fierro los periquito. Cuartía los perico de Guerrero. Mérquenlos marchantito pa sus niño. Mérquenlos, mérquenlos. A cuartía, a cuartía los ticulote, a cuartía. Ora que se caban los periquito verde. A tres, a tres fierro.

Así pregonaba el cansado huacalero en la calleja, acercándose a cada una de las puertas que a su paso encontraba.

—Periquitos verde, niña. Ticulotes....—Proseguía con estridente súplica el indígena.

—¡Venga, marchante, venga! Cuánto valen los pericos?—Llamó preguntando Juan Francisco de Jesús.

—A tres fierro, a tres fierro.

—¡Hum! Por qué tan rete caros? a dos, he?

—A tres, ni'uno meno, marchantito.

—Caray!, ándele, a dos.

—A tres que se caban los periquito. No pierda la'portunidá.

—Bueno, écheme uno. Y los tecolotes?

—Cuartía, lo mesmo; cuartía, nada meno.

—A dos, he?

—Cuartía, nada meno,—pa lal'cancía.

—Bueno, deme uno.

Pancho, el niño taimado de la casa, con la beatitud lenta y reposada de los carneros apacentados en retorno, fué caminando después de haber hecho su compra triunfal, y ondulante su cuerpo harapiento en mitad de la calle, siguió por ella haciendo resonar sus cachorros de vaqueta, comprados en León de los Aldamas, mientras su mente iba formando proyectos alegres, a la vez que su boca,—aquella boca de labios retorcidos y gruesos,—pitando se embijaba de colores barrosos: amarillo, verde y rojo; y así, soplando con terquedad tosca, fué tocando, tocando abstraído en el pito incongruente de su perico verde y, reanimado por los sones que éste despertaba y la policromía tropical del ave, parecía decirle: "dame la pata, periquito"; y ella fingía inclinarse boba a oír su música interior de estatua autóctona, simulando responderle: borracho, borracho, borracho:"—borracho de júbilo iba el bandolero rapaz.

A lo lejos, el indio huacalero continuaba:

—A cuartía, a cuartía, a cuartía los perico verde. Mérquenlos siñores.

Y Pancho adelantaba haciendo redoblar más y más sus botines rechinadores de oreja, como desafiando la pata porcina.

Traspuesta una vez la puerta de su casa, que se enfilaba paralela con otras pueblerinas pintadas de cal raída, y de entre las cuales se adivinaba en

los patios la frescura sana del fresno y los malvones, abrió cuanto pudo sus bracitos flácidos y quebradizos enseñando en las manos su perico y tecolote. La boca le reía, le reía, le reía estre los colores, le reía de contento y simulaba una jícara o fantástico y diminuto oratorio de indio, bañado de sol.

Ja ja ja ja ji ji ji ji—moduló en los corredores un dúo jocundo, lleno de sabor y colorido: eran los padres ancianos de Pancho que festejaban la dulce aparición.

—¡Miren, miren! He comprado un periquito pa chiflar y un tecolote pa lal'cancía.

—Bueno,—díjole su padre—y cuánto te ha quedado para echarle?

—Nada— murmuró entristecido Pancho. Me costaron cuartilla ca'duno.

—Te adelantaré tu domingo, quieres? Toma el medio y guárdalo.

Juan Francisco de Jesús duerme a pierna suelta en su cama de tablas, al lado de sus padres, como agua estancada. Sobre un cajón, oliente a cempasúchil y floripondio, que hace veces de buró, descansa sobriamente el tecolote negro—pájaro madrugador. El niño endereza a ratos la cabeza. Espera impaciente el primer sonido de la campana mayor para ir a misa. Es domingo. Comprará otra vez con el medio real ahorrado otro tecolote y perico para guardar su domingo y volverlo a quebrar después

para comprar otro y otros, como de costumbre, hasta que se hagá hombre y ya no tengan para él encanto los sueños.

La campana mayor al fin suena... suena, canta, ríe y treme su garganta votiva con ecos festivos. Su clamor, acompañado con el de las esquilas, se expande en luz por el aire, praderas, corazones sencillos e inunda los montes de cantos nuevos.

En la calle escúchase otra vez:

—A tres, a tres fierro los periquito y ticulote....

EL MEDIO HIDALGO.

El chamaquito estaba hético. Su faz enflaquecida, como sus brazos y piernas, hacian sentir conmiseración profunda. La cabecita transparente del pequeño se inclinaba involuntaria hacia todos lados por la debilidad, mientras sus ojos opacos dormitaban con desfallecimiento supremo. De cuando en cuando, un chillido imperceptible y agudo brotaba de su boca descarnada, la cual dejaba ver de manera lastimosa sus dientes alargados por la enfermedad.

Todo el día, todos los días, a todas horas quisiera la criatura que le trajeran en el regazo.

—Sí, Tanasio; al niño le han hecho ojo; tiene mal de ojo.

—Alárgate pa'lla, no seas guaje; lo que le pasa a Ruperto es que ta débil. Le falta chiche. Yo toy probe y la gorda no acompleta pa tí y pa él; pero si alcaso están'fermo, mira, aquí ta en el ñudo un peso que te truje adrede y que aconseguí me aprestara Lucio; vamos a llevároselo al dotor y verás.

—No, no; lo que tiene es mal de ojo, ta embrujao.

—Anda, déjate de cosas, mujer inorante; tovía cres en eso; ven, vamos a ver al dotor.

Como quien quiere y no quiere, entre si sería verdad lo que oía y la esperanza de que sanara el chiquitín, la mujer dejóse conducir. Ya en el consultorio, disputándose ambos la primacía de la palabra, trataban de corroborar su dicho.

—Deténganlo bien; que no meta las manitas. Pero ¡qué caray!, si no se deja este hombrecito. Deténganlo bien. Ahora verán. . . (*El galeno, dirigiéndose al niño y sacando del bolsillo una moneda de oro*) :—Oye, oye, mira qué bonita. Te la voy a regalar si te estás quieto!

—Tate sosiego, Ruperto—interviene la madre.

—¡Vaya! hasta que al fin, concluye el médico, y mientras lo auscultaba, el niño, llevándose la moneda a la boca echósela en ella; en esto advirtiéronlo su padre y el médico, e intentaron quitársela, pero fué imposible; el niño la había tragado ya.

—Ora si que tamos lucidos—dijo a coro el matrimonio.

—Déjenlo, no faltaba más; es culpa mía—respondió el médico en tono resignado.

—Pero... al fin...—repuso el obrero—tiene que echarla a fuerza, y tonce que venga ésta a dejarla.

—Está bien; vayan con Dios.

Pasaron, lunes, martes, miércoles, y el jueves, muy de mañana, presentóse Petronila en la casa

del Doctor, y tocando a la puerta interrogó a un criado:

—Ta el dotor?

—Sí.

—Qué, no quere hablale?

—Qué se ofrece, muchacha—contestó el médico desde una puerta contigua.

—Pos, pos, dotor... vengo de parte...vengo... asté ha de perdonar... vengo a dejale, asté ha de perdonar.....

—Dí, mujer... ¡Ah!

—Aquí le truje lo que se comió Ruperto... asté ha de perdonar, pero...

—No tengas cuidado.

—Si, pero, es que el niño no ha guelto—dispués vendrá lo otro,— no ha guelto más que estos veinticinco centavos en cobres, asté ha de perdonar....

EN LA SOMBRA.

La noche es una cuerda musical en éxtasis, por el silencio que guarda. Brillan los astros en el cielo, plasmando lejanos brocales de infierno.

Estamos en un pueblo provinciano. El, mustia su cara en la sombra. Aúllan los perros, dialogando, llenos de monótono clamor.

De próxima calleja, en la esquina, asoma una silueta negra y alargada que avanza. Percíbese otra y luego otra, que también avanzan. Las tres funden sus manchas altas y obscuras en una, y adelantan.

Se oye hablar al trío con ecos pálidos. Vagos son y huecos. Ya se acercan, y los tambores de sus gargantas apartan las notas.

—¡No le pegues, vecinito! ¡No le pegues, si es su genio!—dice con angustia una de las sombras.

—Qué su genio ni qué su genio; pa que se le quite lo canijo y borracho—contesta otra, quien era un gendarme del pueblo. Se escuchan ruidos sordos de golpes, y siguiendo a estos, un gemido. Una risa aguardentosa y burlesca resuena raspando el aire,

y un raudal de blasfemias brota de aquella figura imprecisa.

El golpeado se bambolea y estira los brazos deformes, semejando aspas de molino en voltejeo. La primera sombra repite:

—No le pegues, vecinito. No le pegues por amor de Dios, si es su genio.

—¡Su genio!—responde con ira el otro—Qué su genio, ni qué su genio: alante—y torna el ruido de otro golpe.—Camine, vamos, lo voy a llevar a la cárcel pa que otro día sepa portarse como la gente. Suena otro golpe. La mancha del ebrio sigue bamboleándose, y sus piés tropiezan como si estuvieran piatados. Continúan los golpes.

—No le pegues, si...

La luna, cubierta por densa nube, asomó en estos momentos. Su luz bañó de claridad morbosa las caras de los tres hombres. Un suspiro de admiración y contrariedad escapóse de la garganta del gendarme, quien exclamó aturdido:—

—¡Santo Dios!...¡Si...si...es... mi compadrito Ugenio!... Dios me ampare!...¡Madre Santísima de Gualupe!...

La luna, alumbrando más y más entre tanto, ascendía en la comba e iba aumentando la claridad en la escena, y la noche extendía en el aire el murmullo final de una nota grave...

Los perros siguieron ladrando, ladrando sin cansarse... sin cansarse... monologando con la inofensiva *bebedora de sangre* . . .

LA BESTIA

LA BESTIA.

La villa de Amanalco, dulce y a la vez fuerte, como deben haber sido el canto y la danza primitivos del hombre que la fundó, abre su explanada, tal un grito potente, y como brazos salvajes de gigantes otomíes, sus panoramas flagelan horizontes.

En presencia de ella, pupilas y órbitas parecen vibrar grávidas de lontananzas, mientras el pecho respira inflándose con fuerza de toro, y la boca se ensancha en círculo con un alarido que inunda.

El caserío regado en el plan,—de sol, untado en mies,—ofrenda en el hueco de sus manos, hechas de bugambilias y rosas de San Juan, la pompa de una caricia que arroba.

El ambiente emociona.

Rodeando la villa, hay bosques con lomos de corvadas ancas, y en el centro de ella, cosas humanas que avanzan hacia el dolor de la civilización.

La horda llegó de allá, de muy arriba de las selvas, en donde se hallaba relegada la miseria ancestral de la abstinencia india. Las vocinas de cuerno de buey atronaron los aires, el tropel de los caballos se agrandó, se agrandó, se agrandó, y rodan-

do fué como torrente, y el griterío expandió terror clamoroso en el valle, como chocar frenético de águilas torvas. Traquetendo sucediéronse interminables los tiros de máuser, mientras los proyectiles asaeteaban el espacio, que sangraba de pavura en la tarde.

Invadieron el pueblo. El caserío incendiado retorció mechones de oro y sangre humeantes, los cuales se abrazaban, se abrazaban con sus greñas ascendentes y desmensuradas en las sombras, y éstas en rondas sarcásticas danzaban en bacanal de muerte; en tanto, multitud de *piojos blancos*, de fieras libertarias, en las calles, forcejeando entrelazában delirantes, las piernas, mientras las víctimas, en lamentos desgarradores festejaban íntimamente en la carne su espanto de lupanar sin mancha preconcebida.

Todos los bandoleros llenaron su copa por tanto tiempo vacía, y de un solo trago, de su vino se embriagaron al resplandor de la brutal hoguera.

Ardía todo aún en el pueblo, y los postreros gritos y estertores de agonía se escuchaban en la noche, cuando los foragidos dispersos regresaron cantando, hacia las montañas y, antes de llegar al campamento, dos de ellos, caminaban conduciendo en las grupas de sus pencos, una pareja de los habitantes del pueblo. Llegaron a la orilla del bosque: uno de los rebeldes, desterciándose su cuerno lo empuñó e hizo resonar su garganta dura y ronca en contraseña. Muchos jinetes llegaron de las som-

bras al llamado; uno de ellos, tal vez el jefe, a empellones, azotándolo, amarró con reatas de lechuguilla al prisionero en el tronco de un ocote negro y alto, hasta pasar una última gaza en su garganta. Después, tomando con fuerza de contenido deseo a la hembra,—salvajemente bella,—la poseyó toda, toda entera a los piés del mártir, quien entornando los ojos dejó caer desfallecido su cabeza sobre el pecho. Seguido del jefe, cuando éste se levantó, la horda, con los ojos dilatados, pasó por el cuerpo femenino haciendo contorsiones y muecas grotescas, mientras la prisionera crujía sordamente.

Todo terminó, hasta el dolor y el deseo. En la penumbra, las fieras de las sierras altivas, con fosforescencias de carbunclos, parecían salir en los claros de la selva a mirar la cópula felina, y ellas sentíanse pequeñas ante los titanes, que en esos tiempos invadieron sus cuevas y madrigueras; y así, percibíase en absurda visión, que también ellas, contagiadas de lujuria, abrazándose a los troncos de los rugosos árboles, sentían temblar sus miembros al compás de un ritmo enigmático de gestación desbordada.

Mientras yacía tendida, pálida e inerte la hembra violada, con el vientre, tal si hubiera sido masticado por perros rabiosos, el jefe desató a la víctima. Desprendidas las ligaduras, el cuerpo cayó a tierra pesadamente: estaba muerto! Habíase hecho pedazos la fina cuerda de aquella sensibilidad humana. El bosque compadecido, guardó para siempre

su espanto y su rabia impotente, y la venganza de la bestia herida antaño, fué cumplida así, en tanto los bandoleros, alejándose, alejándose, dejaban en las sombras una estela de espectros feroces...

LA SERPIENTE.

Siéntese con deleitación en los labios contraídos, un exquisito sabor tibio de sangre celeste, y la refracción de ésta, en las pupilas ardorosas, produce espejismos de águilas ignicentes, en rotaciones violentas.

El ser se fatiga, y ello es un místico placer panteísta. Todo parece temblar, como un monte que estuviera entre los brazos de huracanes asoladores. La nariz en diagonal vibrante, elevándose, absorbe el azufre y el sol del ambiente y se infla con negruras de abismo, mientras el intrincado árbol arterial, en tropel guerrero de hidrófobos equinos, despierta en la sangre convulsiones, saltos y aullidos; efectos de una absurda antorcha, rica en bermellón y gualda, que se revolviera blandida en un puño recio de indio, hacia todos los vientos.

Se diría que acres lontananzas de adelfas se abren a la vista. Un sudor frío de bestia semeja gotear pestilente en los campos azorados, en donde gigantes manchas comienzan a verter su floresta obscura, y la fauna de ellas, en jaurías extrañas se alargan y agazapan cautelosas, como si su salto de

ataque fuera desgreñada ola que brincara en los oceános, sobre los lomos de las rocas hundidas que los pueblan.

Frente a este paisaje abajeño, donde parecen extenderse raudales de fuego líquido, hombre y mujer, esposo y esposa, a la puerta del hogar rústico y tropical, contemplan con ojos pávidamente blancos por el silencio, cómo en el cielo y tierra, un crepúsculo de hematíes y leucocitos desgarran entrañas de seres etéreos. Ella es pálida como la tisis, él un robusto tronco de encina que retuerce musculosidades de panoramas nocturnos. Ambos callan, callan en una inquietud de miradas íntimas y heladas.

Ya hay penumbra. Avanzan las sombras. Ha llegado la noche aplastando siluetas y deformando cosas con su negra mano, en los valles, y las estrellas palpitan con alma de intensa melancolía.

El hombre, Antonio, dice al fin:

—¡Pobre hijo mío! ¡Pobre hijo de mi alma! Qué le pasará?

—Sí... qué le pasará?—murmura la madre, Refugio, con ese dolor de los perros vagabundos, y suspira con cansancio de hastío.

Antonio ve a Refugio. Contémplala en abstraído abatimiento de fantasma fosforescente.

—Vamos, vamos ya. Es de noche. Hace frío. El niño parece llorar. Qué no le oyes?—musita el ranchero mexicano turbado.

Ambos entran al hogar con pasos de novillos taciturnamente cansados.

En la estancia obsidiana y casi vacía, un niño llora quedo. Ellos le miran con piedad, sin ruido, y tratan de consolarle; él parece no hacerles caso, porque continúa su llanto.

...La cena fué penosamente pausada, también como de bueyes viejos. Terminada ésta, los dos se retiraron a dormir, como lo hacen los *enfermos de alma*: sin comentarios, y sí rumiando sus pensamientos de soledad.

El piensa: "Me engañará"? Ella se dice: "Qué anatema pesa sobre mi hijo? Se muere sin que yo sepa de qué. Tal parece que está enfermo, que tiene hambre; sí, que tiene hambre. El no quiere comer; mi esposo dice que le ha oído alimentarse por las noches; yo no lo he sentido: qué me pasará? Por qué dormiré tanto, Dios mío! Por qué dormiré tanto"?

A los pocos instantes, todo pareció dormir en la casa; únicamente de cuando en cuando, escúchase en la quietud, al niño que come, que traga, que se amamanta en la teta de la madre, con chasquidos de lengua ávida. Antonio se revuelve nervioso en la cama. La mujer duerme, duerme profúndamente, como lo simulan hacer las piedras y rincones de las casas vetustas.

...El día siguiente amaneció como todos: sin importancia. La tarde fué igual. Ya de noche, y cuando todo quieto estuvo, Antonio que atento per-

cibe los ruidos que se producen en las sombras, oye que un cuerpo pesado, largo y blando se arrastra con sigilo en la estancia. Su corazón al oírlo late precipitado: "Ella me engaña"—dice para sí, y con cautela frota un cerillo y se acerca a la cama de la esposa, empuñando en la diestra un puñal, que reluce en la penumbra. ¡Espanto! ¡El cerillo se le apaga! ¡Una boa, inmensa y negra, con sonoridades de múltiples esqueletos se arrastró rápida entre las sábanas y paños que cubren el lecho de la madre y el niño! Antonio no vió más. Talla otro cerillo; su mano tiembla; se le cae el puñal. Enciende la vela que hay sobre el buró; contempla, contempla a la madre que duerme inmutable y pálida como ámbar antiguo y el niño que entreabre sus cansados ojos, de una blancura de leche derramada en marfil. Antonio siente que le castañetean otra vez los dientes por el horror, y se dice sonriendo "No me engañaba; pobrecilla, pobrecilla de mi Refugio. Pero qué fatalidad!" Tiembla y la observa lleno de gratitud y dolor. Bajo el entarimado se oyen chillidos débiles como de polluelos. La mujer permanece con vaho de ofidio dormida. El niño con hermetismo de idiota mira a su padre.

A la siguiente mañana, con meditada calma, el ranchero Antonio dijo a su esposa:—

—Nos iremos hoy de aquí. Precisa cambiar de clima por un tiempo, el niño desmejora y tú con él. Quieres?

Pocos días después, en la antigua casa labriega, frescamente demolida, el ranchero Antonio está de pie sobre las ruinas; tiene empuñado rudamente en la mano un ensangrentado machete costeño, y a sus piés una colosal y parda serpiente, partida en dos, chorrea abundante de su vientre un líquido blanquecino; a su lado, pequeñas viboreznas se retuercen ondulosas al compás rítmico y pausado de la agonizante ladrona. Antonio, inundado por sudor frío, casi en estado de inconsciencia, aún siente en su cuello la mano de la muerte. Ha sido salvaje y brutal la lucha sostenida entre la boa y él; la diestra huesuda le tienta todavía el cuello, pero al ranchero se le figura que por todos los puntos de la tierra, los caminos, cual bermejas serpientes de lumbre, huyen chicoteando espectros... Otra vez en el cielo, el fuego líquido de un crepúsculo derrama su cabellera de antorcha....

ABREVIACION.

Camino como un entristecido Adán en los jardines de mi Edén oculto, porque en la sangre me ha crecido un árbol de penumbra y se me ha tatuado un dolor extraño; taciturno voy con mis siete serpientes de lumbre, que silvan de soledad en las venas, y la Gran Bestia se yergue altiva, flagelándome en la carne desnuda.

Luz, sombra, sonido y viento—seres raros—me rodean en círculo vibrando; quisiera frenético ahuyentar mi angustia, porque tengo anhelo y ansias de locura.

La mañana corre sonora de infinito, tal un titánico potro encendido en las praderas fugitivas, y hunde los salvajes y dorados cascos en las grietas caldeadas de las sierras, y en cada prominencia traza geometrismos paralelos que no se juntan.

Hace incontables horas que no como. El hambre —divinidad dulce—me encaja las garras curvas y lívidas en la entraña—¡Qué bellos se ven los dos volcanes de mi valle legendario, donde la ciudad cromática de Anáhuac, extiende su panorama brumoso y cobalto!

Por el ayuno, en el lente óptico se refina la visión, y en mi trote inconsciente ya, voy dejando un reguero de pasos perdidos en el polvo de las colinas por Abril florecidas.

Sigo trotando, y en mi cerebro se escucha pesadamente el croar monorítmico de mi cansancio desolado.

Sigo andando, sigo andando en mis senderos, y cada paso marca un siglo que se acerca inmutable hacia lo desconocido—¡Tihuí! ¡Tihuí! ¡Tihuí,—cantan las enigmáticas aves del fatalismo.

No sé cuando ni a donde llegué en mi peregrinar baldío. El cuerpo se abandonó en el deleite de un mundo sin ruidos...

...Una...dos...tres...¡ Escucho! ¡Qué lento suena su campana un reloj lejano! Cuatro... ¡Qué inmensidad eterna tienen las ondas de los ecos! Cinco.... ¡Martirio inútil da el tiempo! Seis .... ¡Cuándo llegará el postrero! Siete. . . . ¡Caos de los sueños! Ocho. . . . ¡Ya no me martirices más, vida! Nueve . . . . ¡Misterio prôfundo! Diez. . . diez... ¡Ya de mi pobre viejecita se abatieron los brazos casi inútiles, y ella se alejó en la obscuridad suprema de *El* Once. . . . ¡Dios mío! Doce....¡El pan bendito del amor me hace falta, Señor!...

Y fué el último campanillazo del reloj lejano; salté de mi lecho de hambre en la calleja, y me dije en la mente:—

¡Inventaré un reloj que sólo pronuncie con voz concreta y sintética: ¡Las doce! Abreviar el fas-

tidio de la hambrienta vida es mi deseo, no obstante que Abril ha florecido las colinas, y en cada hora en devenir hay una esperanza que no existe: todo se está haciendo en el Universo con carcajada de silencio, Dios desconocido...

Primavera de 1923.

LA LUCHA.

¡Medio día! Paisajes y seres están llenos de vida y luz.

Quema el sol como una doncella y su ardor se encaja en la carne, tal recia puñalada. En los barbechos vibra el rescoldo de un vapor reseco.

Aguza el toro su olfato, y las terneras a trancos, a trancos, huyen recelosas del macho, y se revuelven entre el ganado, el cual es conducido por los vaqueros con gritos, silbidos y risadas, que los rumores de la naturaleza callan.

Un grupo de charros pasa como flecha electrizada.

El amplio corral destinado a celebrar la charreada, muestra profundo sopor cálido en la espera, y las mozas atisban los senderos por donde habrán de llegar los jinetes.

Canta la sangre un himno de grandeza a la vida, y su rojo burbujea en las arterias produciendo alegres caídas.

Las lontananzas se ensanchan ebrias de sol, y los pulmones del espacio eterno, parecen hincharse fatigosamente.

Con voz penetrante brama el ganado en los montes cercanos.

Todo está listo ya para el jaripeo; charros, vaqueros y animales, ocupan su sitio. Esperan las criollas con ansia irreprimida el lucir de las filigranas en las reatas de lechuguilla, con las cuales serán tiradas estrepitosamente las reses.

Edmundo, el charro de mirada altanera, comienza la faena típica. Tiembla su potro de pura sangre, como una cuerda de sonora vihuela. Rechina el cuero de los arzones y bastos amarillos en un canto que crispa el cuerpo, y de las chaparreras ondula tembloroso el pelo. Del lazo se agranda la mangana como un halo de luna o línea geométrica de una descarga de electronos, y su estructura blanca en el aire ensaya signos y trinos enigmáticos.

Tienen las espuelas y herrajes, sonidos y luminosidades de plata y pavón.

Treme el potro agitadamente como una libélula, presintiendo rudos tirones de costado, o punzantes clavazones de recia espuela.

Edmundo oprime las enarcadas piernas, arrisca el sombrero y el equino se dispara brioso, con la cola pudorosamente metida entre las piernas, la cabeza en alto y la nariz resopladora.

Escúchanse algunas exclamaciones de los charros que cargan la primera res con ímpetuo salvaje persiguiéndola a toda carrera, y se acercan en vértigo hasta donde se encuentra colocado Edmundo con su reata sobre la cabeza, y al llegar a él, sientan si-

multáneamente sus briosos corceles. Edmundo tira la mangana con suma aristocracia, y amarra. Salta la res bruscamente por el aire y rueda después voltejeando por el suelo, mientras Edmundo con la cara encendida por la alegría, contrae los músculos, y una pequeña columna de humo se levanta de la cabeza de la silla, que huele a cuerno quemado. La res se para; Edmundo recoje su reata y las mozas aplauden estrepitosamente y gritan: "¡Esa es mangana! ¡Amarra, compadre"!

A las suertes de Edmundo siguen las de Gilberto, Javier, Sadot, Santos y otros, con igual o mayor apostura y elegancia, hasta llegar a Manuel, el de la mirada torva como los paisajes abajeños. Colócase en su sitio, viene el animal, avienta la mangana y acierta.

—Si el corazón sintióse palpitar con más violencia en nuestro pecho mexicano, allá en la inolvidable provincia, fué cuando de la garganta campesina desgranándose las notas de la lira popular, hizo oír su música. Así, en esta vez, un ranchero de rostro agreste, tañendo un arpa, entonó los viriles versos del vate, con tal colorido que, algo así como un estremecimiento de voluptuosidad recorrió todos los cuerpos:—

Uso tosco jarano y chaparreras,
En hoja de maíz chupo cigarro,
Soy señor de una yunta, y bebo en jarro
El jugo de las verdes magueyeras.

Lo mismo calo el penco en las laderas
Que tiro un pial y que aparejo un carro;
Se blandir el machete, vestir charro
Y morir por la patria en las trincheras.

Tengo además de mi labranza, un techo
De adobe y carrizal junto al barbecho
Donde suelo olvidar penas y hastío.

Y es mi gloria después del jaripeo,
Lucir a mi ranchera en el jaleo
Y entonar las *valonas* del bajío.

Terminan las manganas, piales y crinolinas a cual más bellas y gentiles, y luego viene el gineteo bravo de los arrogantes labriegos.

Sigue a esto el coleadero.

Edmundo, tirándose de lado, arroja hosadamente en maromeo al toro, el cual muge con dolor profundo ya herido: se ha quebrado el espinazo, y es el más hermoso y fino de la cría. Manuel, el dueño del ganado dice cara a cara y de modo que le oigan todos, un insulto a Edmundo, y agrega a éste:—

—Hay están todos para que también los quiebres, bruto.

Edmundo, voltea en el acto y sobre las patas, a su penco; le hinca las espuelas en los ijares y lo arroja con furia sobre el caballo fortísimo de Manuel; los dos chocan. Sacando de su saco de cuero una bien repleta cartera con billetes, la azota con-

tra el rostro de Manuel, replicándole con indecible cólera:—

—Hay está esto para que te cobres, rico estúpido.

Relucen las pistolas. Los compañeros se interponen entre ambos y los apartan. Toda la gente se azora y pone en movimiento. Ellos se hacen una discreta seña. Termina el jaripeo. Unos se despiden y los otros se van con las mozas al casco de la Hacienda de Manuel a tomar el mole, al cual seguirán los jarabes. Al llegar la gente a la Hacienda, buscan a los disgustados amigos; no se les encuentra en parte alguna, y por ello, los invitados presienten algo funesto.

En la explanada candente, donde los remolinos veraniegos como almas diabólicas enroscan sus colas tensas de polvo y hacen volar en el viento los tejados de las cabañas, se ven a Edmundo y Manuel marchar arrogantes sobre sus caballos, galope tendido: van a cumplir su desafío.

Llegan al plan, se ponen uno frente al otro; se insultan con la mirada y se retan con odio mortal. Pónense a distancia; sacan sus enrolladas reatas blancas; las enarbolan; uno se lanza encima del otro y al llegar cerca y en línea paralela se azotan con rudeza, y se cruzan.

A veinte metros voltean sus caballos con admirable maestría de jinetes mexicanos; por un momento, tanto ellos como las bestias quedan extáticas, pero hundiendo las espuelas punzadoras en los ijares de los pencos, arremeten.

Golpe tras golpe, injuria tras injuria y se prolonga el torneo de los ágiles charros.

La sangre mancha suelo, caballos y jinetes en una floración roja que mana de heridas y verdugones; las bocas de Edmundo y Manuel ábrense como hocicos espumantes de perros rabiosos, y a veces sacan desmensuradamente la lengua reseca, que finge una brasa al rojo vivo.

Así continúan por mucho tiempo sin que una ligera mueca de dolor se advierta en sus rostros; al contrario, parecen saltarles chispas de bravura, y a cada momento arrecian los golpes. En los cuerpos flexibles las reatas enrédanse cual serpientes, que ondulantes a veces, parecen azotar con sus colas tensas la inmensidad del cielo.

Los caballos también reciben castigos en la cara y cuerpo, pero poseídos de frenética velocidad, se encabritan, escupen espuma sangrienta, relinchan, patean y muerden.

El cuadro es salvaje como las montañas; la tierra tiembla angustiada con indefinible nerviosidad.

Por último, Edmundo y Manuel, cuando ya sienten que sus cuerpos no pueden proseguir la lucha por más tiempo, hacen sistemáticamente un supremo, tremendo, sobrehumano esfuerzo. Truenan sus caderas, brazos y piernas; sumergen las rodajas de las espuelas hasta llegarlas al tacón del calzado en el vientre de los cuacos que en una mueca de dolor arremolinan las colas y relinchan: llevan siempre la cabeza en alto. Las reatas circulan como hélices

en el viento impávido. Un rugido como de jaguares manifiesta el dolor producido: se han pegado en plenos ojos, haciéndolos saltar de las órbitas y reventarse como frutas comprimidas. Chorrean sangre revuelta con agua turbia y pedazos de carne machacada. Los caballos parecen bufar.

Aquellos animales escupen tierra con los cascos en su carrera; los belfos despiden un algodón sanguinolento, y continúan su marcha desenfrenada por la sola inercia, volviéndose en el sitio acostumbrado, mientras Edmundo y Manuel se oprimen desesperados con las manos torturadas los ojos, hasta hincarse crispadamente los dedos en las cuencas ya casi vacías. Ambos han soltado las reatas que se retuercen en el suelo como crótalos. Los caballos búscanse con más furia, y al llegar uno frente al otro, quizas sabedores de la desgracia ocurrida a sus amos, se pegan con los pechos, que crujen con estrépito de huesos quebrados: han chocado tan fuerte, que se han destrozado horriblemente, espantosamente, junto con sus amos.

La naturaleza guarda absoluto silencio de muerte.

De la Hacienda, ya de noche, salen en una caravana mutitud de jinetes fantásticos, tal antorchas largas y negras: todas llevan sendos hachones. Van en busca de los rivales, a quienes han visto algunos gañanes en el llano.

en la semiobscuridad de la noche, sólo alumbrada por las estrellas, marcha entre delgados sende-

ros una proseción, como carbunclos que hubieran nacido en la tierra negra.

Escúchase un estertor de agonía en la soledad de la noche; los gemidos de muerte llegan hechos en el viento aves negras; la comitiva se acerca lenta, con sus antorchas, semejando danza de brujas.

Los jinetes llegan hasta los heridos. ¡Retroceden espantados al momento! Una visión inenarrable ofrecen bestias y hombres: en una masa informe yacen en el suelo, fingiendo grotesco y empurpurado centauro de cuatro cabezas, que hiriera el fantasma de la noche.

Rumor de bólidos y mundos se adivina en el cielo, y en la tierra los seres castañetean los dientes por el miedo.

El Universo tiene la cara pálida como un muerto.

Por fin, se aproximan más los de la Hacienda. El centauro, con sus cuatro cabezas opacas parece que mira helado, triste, hondo, a los que llegan, y éstos se descubren, invadidos de profundo respeto, por el momento supremo....

LOS DOS PERROS

LOS DOS PERROS.

Flemático hasta la desesperación, iracundo a ratos, pero siempre lleno de amor instintivo hacia el hogar, don Chepo, cuida de los detalles nímios que a éste se refieren. Viste con desaliño y flojedad sus ropas, menos cuando la mano vehemente de su consorte se afana poniendo la gracia femenina en ellas, a pesar de lo cual, momentos transcurridos, torna la cosa con más irrisión.

Cuenta, o mejor dicho, se le podrían contar cincueta primaveras de vida, pasadas en completa austeridad marital. Entra, sale de casa, gira al rededor de ella con asombrosa lentitud, riñe por la más leve insignificancia y se echa a recorrer calles, y vuelve, como dicen, "hasta topar con pader."

Uno de tantos sábados, después de haber hecho una berrinchina, lanzóse a la calle; ya en ésta, pensó en ir al rastro del pueblo, por minucias. Husmeó por allí, y al cabo compró un par de riñones de res. Atólos con un lazo y regresó a su casa. En el camino, las banquetas ofrecíanle distracción: "No, no pisaré las junturas de las losas''—pensaba:—Uno, dos, tres, cuatro, cinco...—y seguía andando en la

acera, acortando el tedio que da el tiempo y la distancia del camino. Cuando más embebido se hallaba y su cuerpo adquiría contonaciones soflameras al compás de los colgantes riñones, un perro vagabundo que hacía rato le seguía saboreándose con la lengua en los belfos y en éxtasis hambriento dilatadas las pupilas, aproximósele con cautela, y de un salto, apoderóse de la codiciosa carne. Corrió con ella entre los dientes, y deteniéndose a trecho, en mitad de la vía comenzó a comérsela.

Fué tan violento el hurto, que don Chepo, impelido por el tirón, giró sobre los talones, y con los ojos impregnados de susto y cólera, tuvo el impulso primero de arrebatarle la presa, pero rehaciéndose, enfrentóse con el canino que ya se hartaba con inquietud y ansia inauditas:

—¡Ah! ¡Ladrón! ¡Mal rayo te parta, bandido! Me la vas a pagar!—y diciéndolo, tomó una piedra y arrojósela, principiando a gritar con fuerza estrepitosa:

—¡Tiene rabia! ¡Tiene rabia! ¡Mátenlo!... ¡Peligro! Tiene la rabiaaaa...—y echó a correr tras él con furia tirándole cuanto objeto hallaba a mano.

El vecindario y transeuntes, salían de las casas y bocacalles o deteníanse al paso del can, que por unos momentos conservó los riñones en las mandíbulas, pero al verse acosado por la turba, los soltó, imprimiendo más velocidad a su correra. El griterío crecía momento a momento, entrechocábanse las voces, las pedradas sucedíanse como una

erupción volcánica y la horda envuelta en densa polvareda, agitando las manos cual gusanos luminosos, arreciaba su clamor desenfrenado. De cuando en vez, el perro dejaba escapar lamentos horribles producidos por el dolor de los golpes. La multiud en vértigo iba multiplicándose minuto a minuto, moviendo con imprecisión los harapos, hasta que al fn, una pedrada certera tendió el cuerpo del animal en el suelo. Todos, todos los perseguidores rodeando al moribundo, continuaron su acción de exterminio: quién le da una patada, quién le avienta una piedra enorme o pequeña, quién le azota con un palo.... pero medrosos, a la espectativa de un ataque imposible. Los huesos del infeliz crujían sordamente.

Don Chepo llegó acesante; abriéndose paso, acercóse al cadáver; contempló con placer indefinible su obra, y con los puños apretados y la sonrisa a flor de los labios, murmuró:

—Ladrón, bandido, ya me he vengado de tí....

Aproximándosele más, dióle un tremendo puntapié, profiriendo brutal blasfemia, la cual encontró su eco de aprobación con una carcajada del tumulto. Dió un segundo y tomó su paso habitual hacia su casa, mientras la turba famélica se dispersaba con algarabía en las calles y el cuerpo del can quedaba en un acinamiento de carne, entre la mancha ocre de sangre molida.

II

ABALORIOS

GUACA.

Andas, andas, andas, indio de espaldas floridas; tu cacaxtle es rosal que brilla en los caminos, y tu trote infinito, sufre cansancios de soledad. Con las pupilas cristalizadas en las lejanías, andas, andas, andas.

Dime tu secreto doloroso de eterno peregrino? Quién como tú puede dar razón de todos los caminos?

Eres rosal místico que sangra, y en tus jarros púrpuras, vendidos en plazas y aldeas, se mitigan las sedes americanas que torturan, mientras tú andas, andas, andas, huacalero de espaldas floridas, buscando un borde caminero, para descargar tu barro primavera y ponerte a dormir al sol para siempre: ya pesan mucho los andrajos negros de la carne.

Yo que te he visto, yo que te he contemplado, en mis sueños redentivos, duéleme ver cómo dormido vas por los soleados caminos, donde los perros te salen a ladrar en las tardes tristes; pero tú sigues, sigues imperturbable, trotando, trotando, sin que te preocupen los conciertos que en las sierras tienen las fieras.

Tu figura casi inmóvil, es reproche a la piedad predicada por los hombres, y tu andar es enseñanza acendrada que se eleva como gesta montaña, donde tu rosal reverberante rebosa cual cascada, y se hincha jadeando en sonambulismo taciturno de indio.

Anda, anda, indio, que de tu humilde choza lejana, traes abozalada la belleza, porque eres indio, y así te enseñaron a tratar a las bestias indomables de tus selvas.

Anda, anda, anda, que tu andar es ritmo cansado que sangra.....

RITUAL.

Danza, danza, hermano huehuenche de epidermis embijada y penacho de quetzal, que tu baile monorítmico, al son del tambor sordo y la chirimía melancólica, es igual, eternamente igual a mi vida en su ton: ¡Es placer hondo, ver al espíritu retratado en las cosas!

Danza, que a tu baile unísono se aduna el gesto sombrío, estático de dolor que hay en tu cara, semejante a la mueca del misterio.

Danza, y que los espejos y abalorios de tu cuerpo de tigre, y los plumones abigarrados del penacho ancestral, en un monocorde alarido de tu garganta endurecida, tiemblen en euritmia polifónica celeste, y al impulso de tu brazo de hierro, broten de tu arco abandonado de guerrero salvaje indoamericano, infinitas flechas, que florescan como pumas de oro en los astros.

Danza, dànza, hermano huehuenche de epidermis embijada y penacho de quetzal, que la Virgen Guadalupana necesita en las faldas del Tepeyac, oír el canto fanático de tus tambores y bandurrias, que habrán de recordarles, como nuestra vida mo-

norrítmica en olvido, será un día torbellino impetuoso de águilas, ascendiendo, ascendiendo, ascendiendo en danza plástica, policroma y ritual, hacia las regias montañas del sol.

III

ARROBAMIENTO

LA ROCA INFINITA

LA ROCA INFINITA.

Tiembla, tiembla sobrecogida por el espanto mi intuición, ante el espectáculo inenarrable, Señor!

Tengo la mente, como si estuviera retorcida en acción crepitante y salvaje. Me quema con sus llamas tremendas la Tortura, y me sangra a borbotones, a ríos, a mares, el corazón. Tengo sed como Cristo, y me inspira profundo miedo el claro y turbulento vino de la vida, y tengo sed, sed inmensa de león.

Nació el gigante, como nacen todos: con el cuerpo manchado en púrpura, y creció como una aguda espada, en cuyos filos se enroscó unánime una cadena de dolor y deseo.

Era un festín de gloria, era un festín de símbolo. Había en la mesa del festín, todos los vinos y viandas. Había en la sala suntuosa del banquete, todas las músicas, todas las poesías, todos los cantares y risas, todas las danzas, todos los dramas, todas las arquitecturas, todas las esculturas, todas las pinturas, todos los amores y odios, todas las

tristezas, y perfumes, y tapices, y sedas y piedras preciosas.

A la mesa suculenta y mágica estaban sentadas sin orden o categorías, todas las elocuencias, todas las filosofías, todas las religiones; en fin, estaban ahí, todas las sabidurías, Señor. Aquello decía, en suma, la Belleza, aquello era la casa y festín colosales de tu Supremo Pensamiento, —ritmo de ritmos— donde también destacaban sus figuras indomables, el Bien y el Mal, la Vida y la Muerte, la Alegría y el Dolor; y a todo ello hacían coro triunfal, en el dinamismo genesíaco y apocalíptico, la Luz, la invasora y blanca Luz y la densa y aterradora Obscuridad.

El sitio aquel era, Señor, el palacio del Enigma, del espeluznante Enigma, porque su resumen abrumador y aplastante, sintetizaba lo humano y supernatural.

Nuestro gigante llegó al festín, vió y oyó. Su sér experimentó múltiples sensaciones que vibraron como la electricidad en las nubes. El cuerpo del coloso tuvo un sacudimiento extraño de voluptuosidad y una locura resonante de escudos en el recinto maravilloso de su imaginación.

En el cerebro del gigante se hizo la síntesis de la obra de los dioses y los hombres.

¡El Enigma! ¡El Enigma! ¡El Enigma!; gritó su alma como un mar embravecido. ¡El Enigma!, decía con voz ronca su cuerpo. ¡El Enigma!, parecía musitar temblando el gigante.

Y fué la impresión inexplicable en el alma del coloso; y cuando sintió que su espíritu sensitivo iba a estallar presa del misterio, al golpe del aletazo fiero y tenebroso del monstruo, huyó, huyó del fatídico lugar a semejanza de un vampiro, llevando en la cabeza y en las alas una florescencia de muerte.

Y así, con tal emoción, el coloso empeñóse más que nunca en abatir la Verdad.

Una vez fuera de la orgía dislocadora, investigó, escudriñó, atisbó en todos los senderos y recodos de los caminos más intrincados, y hubo un momento en su ansia, que sus tremantes manos de fiebre parecieron aprisionar reciamente, hasta poseerla en substancia, aquella deseada Verdad. Sí, creyó, creyó haber encontrado en la abrupta noche de la creación, su teórica idea de titán, y simbólicamente beberla, beberla como polvo de oro danzante en una copa tan grande como el cielo, y en una esencia quimérica de arcano.

Anduvo, corrió, galopó, galopó y galopó ágilmente como un centauro por diversos caminos, montes, ciudades, pueblos y aldeas; en las dichas y miserias, en las excelsitudes y pequeñeces, y por siempre y en todo, encontró una huella impalpable de Dios.

Exploró cielos y mundos, exploró la tierra hasta en las más profundas entrañas, y en ellos y en ellas, vió siempre una luz clarísima de Dios. Mas la Noche —astro cósmico diluído en la eternidad alu-

cinante— trágicamente, como un raro fantasma que trazara rutas invisibles de negrura, bajaba y bajaba circundándole, y amenazante, esgrimía una daga con filos de silencio en la diestra; y entonces anduvo, galopó, corrió y corrió. Voló, voló y voló; y se hizo espíritu en la marcha loca por encontrar plena luz. Mas después de las huellas percibidas del *Sér*, no contento con su hallazgo, fija la mirada de lince en su objetivo, descubrió en la cúspide de una montaña, más, incomparablemente más alta que un Gaurisánkar, una aurora boreal, una esperanza, que prendía su audacia en el infinito! Y había dentro de ella un tabernáculo de oro, donde estaba un arca del mismo metal y a la cual rodeábanse millones y millones de ángeles que resplandecían con su belleza jerárquica y celeste, y en las diestras delicadas, liliales y a la vez potentes, sostenían sendas espadas de lumbre, y cantaban al unísono, himnos incomparables, y aquellos cánticos repercutían con notas graves de templo en el corazón dolorido de los hombres. Y en la cabeza de cada ángel, como en el sueño de San Juan, ardía fabulosamente una estrella: venturinas de reflejos de áureo metal, turquesas tristes, amatistas color de ojera, jacintos rientes como el mosto, zafiros irizados de luces crepusculares, granates, jaspes, corales y rubíes que a veces trinan en la hoguera embriagada y fascinante que forman los tramontos; topacios de lluvia con sol, rosalinas cual besos de vírgenes, perlas y aljófares perezosos y mansos

cual corderos, amatistas de acero asesino, ágatas y lapislázulis de revueltas corrientes prístinas, ónixes adustos, brillantes de impecable limpidez, verdes musicales de esmeraldas, cegadores reflejos de diamantes, y la melancolía de las aguas marinas y malaquitas que rizaban astros y poemas gemantinos en la cabeza seráfica de cada uno de los guardianes de *El*.

Con pasos acelerados, atraído por el espectáculo sagrado, comenzó una ascensión atrevida por las faldas de la montaña. En la ascensión increíble, el coloso desfloró con los dientes, pedazos de roca como si fueran trozos simples de pan. Tal era la angustia que experimentaba en la pendiente cortada a pico, y tal el esfuerzo que hacía, que sus manos clavaron rabiosamente las uñas en ella, haciéndola sangrar en una floración tropical de guerra, en una misteriosa floración de bólidos. Y también sus pies, sus rígidos piés hincaron para mantenerse en equilibrio constante, sus largas guadañas de halcón; y las piernas como los brazos simularon serpientes bermejas enroscándose en espiral vibrante. Y ascendía como Icaro o cual carro encendido de Elías; a manera de la transfiguración del Nazareno ascendía, y como águila monstruosa, o como una máquina satánica de guerra, ascendía.

Ascendía como crótalo, o a manera de crepúsculo tronante. Sus ojos, sus enormes y absortos ojos, absurdamente en su fulgor padecían una fatigosa ansia por elevarse hasta el tabernáculo. Su espíritu,

densamente pálido, era una flecha troglodita prendiendo su pedernal en lo imposible. Su lengua salida en parte de su boca, parecía un zarzal ardiendo como en la visión de Moisés. Su alma, su pobre alma, agazapándose simulaba silbidos de dolor, sin poder llegar nunca, sin poder llegar al tabernáculo divino.

Todo él era una viril trompeta ebrea que ensordecía los espacios con su potente clamor.

Grande era el esfuerzo desplegado en la ascensión, y hería a la roca a tal grado, que ella lloraba un diluvio de rosas incandescentes. Y es que cuando él subía, descendía a la vez junto a sus plantas un encrespado río de astros, despeñados al abismo por su audacia de titán.

Y sus músculos eran de llama y su cuerpo de sol. Y encumbrábase como caballo de lumbre, dando las crines al viento, y subía haciendo crepitar a la roca, con aquella su brutalidad salvaje de puma, con aquella su brutalidad majestuosa de león.

La roca en la obscuridad decía un silencio eterno, y se encrespaba del gigante la sangre en las arterias, cual ráfagas nocturnas de estrellas. Y sacudiendo el coloso la melena equina, colérico parecía llevar entre los dientes un denso, negro y espectral girón de la Noche.

—¡Cuánta magnificencia! —Dúo simbólico— árbol que se quema entre los colores primitivos, teniendo por fondo el caos.

Llegó a la cúspide aparente que de abajo viera,

mas en ella encontróse de improviso, con otra roca que nacía de la primera, y ésta se levantó indomable delante de sus ojos en una mancha compacta. Y entonces clavó suevamente sus potentes garras de pantera hasta destrozárselas, e intentó asirse con las manos de murciélago en ella, pero todo fué inútil, su boca fué la boca de un abismo donde se escondía la maldición: y maldijo! Su cuerpo y su boca dieron fuertemente en la montaña, y expresaron ambos un gesto de impotencia y un sonoro retumbar de rayos.

Gritó, gritó y escupió en la roca, como un genio desolador. Lloró ahí lágrimas quemantes de siglos, que fueron otras tantas radiosas estrellas de centurias en su dolor, e hirió con pesada maza en la mole sombría. Aquellos brazos fuertes e inmensos, en cruz, se extendieron en el muro, y su cuerpo se pegó a él, y aquellos ojos de fauna, dieron la imagen de soles incrustados en una cabeza colosal de dragón. Su boca fué la boca del espasmo, su cuerpo fué el cuerpo informe, primitivo y crepitante de los mundos en formación. Y pegó rudamente el rostro al muro de azabache y lo restregó gimiendo, como una virgen púber en el lecho solitario.

Extenuado, rendido, el titán cayó, y su caída hizo retemblar la montaña y el cielo pareció contraerse en una mueca de tigre. Cayó el titán, dando el frente al abismo. Los soles de sus ojos y su espíritu de mal, contemplaron indecisamente desde la cumbre donde nacía lo ignorado, el río de sangre hu-

meante que bajaba plañendo por las faldas de la montaña, en un despeñamiento macabro de cuerpos que se movían estrechándose en culebras de luz y burbujeando tal glóbulos de estrellas.

Y sus ojos contemplaron los dolores y el palacio que hacía tiempo había dejado, el lugar donde llegaban los cuerpos sangrientos de los humanos, en un quejido espantable y con las manos levantadas en actitudes suplicantes.

El titán, vencido fatalmente, formó en la altura una mole con su cuerpo, y desde el plinto infinito, contempló impávido los martirios de los hombres, y en su plasticidad callada y enérgica, simuló el Pensador. Y así, desde ahí, aquel pensador continuó meditando serenamente, mientras allá abajo, una aurora terrestre brotaba en los horizontes un penacho, un búcaro, un inmenso búcaro de lirios blancos, de entre los cuales sobresalía la corola fecunda y radiosa de un incontenible girasol, que ascendía paso a paso en una danza lenta, regando en los surcos de la tierra su pólen, y seguía paso a paso su danza litúrgica en los senderos de la comba, y entre tanto, allá en la cumbre, muy a lo imposible la roca augusta dibujaba grotesca una sonrisa helada y honda, y el Universo inquieto, parecía palpitar.

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Supremo Ser! Providencia que eres toda alma de cristal: dime quién eres y a dónde nos llevas y tú a dónde vas!

Alma mía, pensamiento mío: ¿Hijo de quién eres? Dime: ¿qué secreto anhelo te guía? Dime, has tenido tu cuna en la inmensidad?

Señor, a dónde va la humanidad que llora sin consuelo? Está sangrando de odios y esperanzas. Ya quiero conocerte para pedirte tu secreto o para darte un abrazo enorme de abatar.

Silencio conmovedor reina en el mar. En la tierra todos los hombres se alistan para la guerra. Alma mía, —contempla— ya deja de pensar...

LAS DOCE ESTATUAS DE PLATA

LAS DOCE ESTATUAS DE PLATA.

El guerrero genial que hizo temblar continentes, imperios, ciudades, pueblos, aldeas y hombres, con la albura musculosa del cuerpo, y la resonancia seca y dura de los cascos de su equino, con los triunfales golpes de su espada, y con sus clarines, y con el caminar jadeante de sus heróicos ejércitos; el caudillo que con tardo y majestuoso paso de corpulento elefante africano marchó a la cabeza de ataviados generales y soldados, empurpurando extensiones; llegóse frente a grandiosa catedral, y ante sus puertas de relieves soberbios que plasmaban en la luz, espíritus fantasmagóricos despegándose, despegándose, alargando las manos arcáicas y fanatizadas al espacio en actitudes de florestas extáticas, ante el conjunto de las torres con bronces de sones alejados y cúpulas henchidas de rezos vetustos, aquellas pupilas que en la guerra salvaje, semejantes a tentáculos de pulpos se prolongaran en lontananzas escrutando, aquellos ojos de mirada enérgicamente horizontal y profunda, como rasgaduras de líneas rectas que él cubriera con la diestra a la altura de los párpados, junto a la gesta grandeza de

conjunto simbólico; experimentó la sensación de una enorme mole que fuera a caer aplastándole. Quedóse en contemplación, e inclinando levemente hacia el pecho la frente, que en la lucha fuera agresiva, siguió andando, andando, penetrando con la comitiva en las naves del templo, el cual abrió humildemente y chirriando las pesadas puertas, tras las que parecían percibirse espectros empolvados: lechuzas y buhos implumes, vampiros y murciélagos, esqueletos de marfiles sarcásticos, brujas burlonas, duendes chaparros, monjes silenciosos, dragones e hidras con hocicos de lumbre, murmullos de confesiones, sollozos contenidos de dolores llagados, manos de anatomías torturadas, gritos y gemidos, horror, espanto; danzas sigilosas de misterios flotando en el ambiente herrumbroso de aquellas naves grandes, anchas, tal descomunales y obscuros pulmones de titanes. En medio de aquel rincón doloridó de humanidad esperanzada, los pasos de los militares martillaron el reposo en sonidos lentos, graves, unánimes, como de soldados fúnebres que acompañaran a un cadáver con tambores redoblando enlutados y de voces disonantes. El capitán altivo iba callado ante la esplendidez hueca de las artesonadas cúpulas, orfébricos altares y columnas; ante las esculturas de rostros pálidos por la austeridad de los nichos; frente a las molduras, misales, cálices y custodia que como un sol en el tabernáculo fascinaba. Inciensos volaban perfumando en las medias tintas de las penumbras. Y en cada rincón sacro, mi-

llares de ojos fosforescentes atisbaban a los caminantes: almas que en la quietud meditan.

Las pisadas de los conquistadores siguieron sus plegarias raspando murmuradoras el pavimento, pero de improviso, instintivamente el capitán, delante de doce severas estatuas de plata detuvo las plantas, y cruzando los brazos en actitud pensativa, pregunto:

—¿Qué son esos?

—Son los doce apóstoles—contestáronle.

—Bájenlos—dijo él—fúndanlos, acúñenlos y déjenlos ir por la tierra haciendo el bien, como hizo su Maestro.

El guerrero de mirar horizontal siguió su camino vencedor, y en tanto se perdían dolorosamente con él las pisadas en el templo con ecos pesados de casona abandonada, descendían retumbando de sus plintos de mármol a los doce apóstoles de plata, por el mandato incontestable del genio dominador, para continuar la voluntad del Maestro.

... Y pensar que el número de los apóstoles ha crecido infinitamente. ¡Pero ya no hacen el bien como el Maestro!, sino que permanecen impávidos en sus pedestales, esperando, esperando quizá hasta que sea llegada la hora de futuros divinos capitanes, quienes los descenderán de sus alturas a latigazos....

ORO Y SANGRE.

El Termodonte, estremecido en sus aguas, borbota destrenzado una horda de amazonas febriles de oro, y ellas, unas, las más terribles en la guerra, con sus enmarañados cuerpos de luz, al bañarse en la asombrada corriente, simulan con los miembros en conjunto, voluptuosos racimos de pámpanos de carne temblorosa; y ríen al bañarse las amazonas de músculos perfectos, como ríen los pámpanos en los emparrados jugosos, bajo la caricia del sol. Algunas, trépanse sobre los hombros de las otras, con saltos de sangre palpitante, así como las cabalgadas, rígidos los cuerpos, plasman estupendos atlantes, sosteniendo ardientes arquitrabes de sexos, y las de arriba, estiran con fuerza en el aire, sus fatales organismos, y lanzan simultáneamente aullidos extraños de alegre fiereza, que en un retumbar de oleaje sombrío van a estrellarse en la penumbra verdinegra del bosque. Arrójanse al agua como bólidos encendidos que, se hundieran en las profundidades del espacio nocturno, y, a poco surgen arrojando por la boca, abigarrados chorros de diamantes, mientras al nadar, sus cabellos asom-

brosos, tejen en la superficie, una estela de soles, y los brazos angustiados álzanse del interior del líquido como voltejeantes espátulas de lumbre. Las que habían permanecido de pie en la orilla, radiosas por la alegría y en éxtasis de locura las caras, se precipitan sobre los cuerpos de las nadadoras, quienes las acogen en un estrechamiento supremo de ayunado deleite, y se sumergen en el agua como ósculos de llama: ¡Cien, mil, millones de burbujas palpitan en el fondo del río Termodonte, en un iris de batalla!

Así se divierten, y otro grupo en la margen, teniendo por los ollares a los potros que ellas han cazado en la Selva Negra, grítan al ver a sus compañeras luchar cual aves de rapiña, a la vez que embrazan cada una, fastuosamente, un escudo cincelado por mano de arcángel, y sostienen un arco, y en el costado izquierdo de éstas, péndeles un carcaj, y otras, una lanza o hacha de vándalo empuñan. Las arqueras tienen en el pecho una rodela de piel de nutria, que cubre un destrozado seno. Sus cascos relucen con vibraciones de flora laplaceana; tal parece que el artífice bárbaro, hubiera creado un sol fabuloso y untado con su lumen prístino los cascos.

Un tercer grupo, con los cuerpos semidesnudos, en los cuales cae un rudo esmalte de bronce, oprimen en la diestra un puñal y, otras, un ascua de hierro.

Con gesto compacto de domadora, la reina Hi-

pólita, yace con el cuerpo soslayado sobre un gran escudo de turquesa; viste corto traje dórico, con escamas de sirena y a éste, ciñe el radioso cinturón de Marte. Tiene a su lado una doncella que sujeta férreamente por los belfos a una yegua, bermejamente bella. La Reina, contempla con serenidad de árbol, a sus ejércitos, a la vez que da órdenes con voz pausada y fuerte :

En fila, quinientas vírgenes, sin que se les inmuten los rostros, reciben la tajada tremenda en los senos para ser adiestradas después en el manejo de las armas, y a otras quinientas, aplícanles el hierro candente, que chirría en los pezones hasta cauterizar la turgencia.... Con dolor comprimido, las novicias bélicas, cogiendo desdeñosamente el dardo y embrazando el escudo, tiemplan la cuerda, y disparan al sol en un efluvio cegante de pájaros incandescentes, y las otras, su lanza arrojan potente y silbadora, y describen círculos dinámicos en el aire con el hacha, las más.

—¡Bebamos!—exclama la Reina Hipólita,—¡Bebamos en nombre de Artemisa, y nuestro placer implacable como nuestro valor de guerreras, se expanda con clamor de océano! ¡Vayamos a los griegos! ¡Exterminémoslos! ¡Odio mortal a los efebos de Atenas! ¡Exterminemos a los numídas, a los etíopes asquerosos, a los gorgones hechiceros y exorcistas y a los atlantes hiperbólicos!....

Aún quedaba en el ambiente calcinado un eco cansado de la orgía, cuando un grito de alarma se

dejó escuchar. Saltando de entre los bosques, llegóse una amazona a toda velocidad:

—¡Ellos!... ¡Los Helenos!.... ¡Hércules marcha a su frente!.... ¡Su ejército recubre los cielos y la tierra!...—dijo casi ahogándose la espía....

—¡Cobarde!. A qué tanta alarma, mujerzuela, si ya sabías que eso deseábamos,—rugió la reina Hipólita. Rápidas como la luz, de dos en dos, salten a las grupas y arrójense al encuentro de los griegos!—dispuso la reina bárbara.

En el campo, después de la inenarrable lucha, sólo quedó un vergel de amazonas blancas y heladas, y entre ellas, pálida e inmóvil, florecía una gran corola verde que miraba intensamente a los vencedores.

A distancia, altivo guerrero, en un rápido carro de triunfo, tirado por hermosa cuadriga de caballos tordos, marchaba luciendo el cinturón de Marte, y en la obscuridad de la tarde, río muy lejos, mar adentro, tres navíos griegos como cestos repletos de frutos frescos, conducen a trescientas prisioneras a merced del viento y la corriente: sus custodios están en el suelo entre coágulos de sangre que humea.

En la penumbra de la selva, una pareja retrasada —griego y amazona—, hace tronar sus huesos delirando.

... Un toro, con mirada alargada de muerte, en el horizonte, con arcadas de agonía, arroja bocanadas púrpuras en las arenas del coso eterno....

INDICE

Págs.

Sangre de mi Sangre 9

I.—LA MASCARA DE COLORES.

Caballo a caballo 17
Maquilas 23
Por si no lo juera 29
La cruz de mayo 35
Y ora pa qué 43
Por carambola 51
El compadre de Ausencia 57
Marcela 63
Cigarro de hoja 71
Sencillez 77
Aves de barro 83
El medio Hidalgo 89
En la sombra 97
La bestia 101
La serpiente 107
Abreviación 115
La lucha 121
Los dos perros 131

II.—ABALORIOS.

Guaca 139
Ritual 143

III.—ARROBAMIENTO.

La roca infinita 149
Las doce estatuas de plata 161
Oro y sangre 167

Imprenta Politécnica Cuauhtemotzín 33.

863.6 F11

a39001 008170964b

85928